

BOLSILIBROS
BRUGUERA

●

SERIE
**PUNTO
ROJO**

el signo de "Géminis"

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

EL SIGNO DE GEMINIS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 417

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 7.790 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1970

© JOE MOGAR, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.013 — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

393 — Alias Pistol Kendal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

991 — Muerte para una rubia.

En Colección CALIFORNIA:

696 — El caballo salvaje.

En Colección SALVAJE TEXAS:

620 — Un rancho peligroso.

En Colección COLORADO:

625 — Un *gun-man* en la noche.

En Colección KANSAS:

618 — La cantante y el *gun-man*.

En Colección BRAVO OESTE:

451 — El misterio de la colina.

En Colección PUNTO ROJO:

407 — La pasajera del vuelo 500.

En Colección ASES DEL OESTE:

555 — Un disparo en la bruma.

RESUMEN DE LO PUBLICADO EN ALGUNOS DIARIOS INTERNACIONALES

París Soir, 18. —«Un nuevo ingenio nuclear ha hecho explosión en el desierto de Nevada (E.E. U.U.). Se trata de una bomba de 400 megatones, según fuentes bien informadas. Por su parte, los rasos afirman que Estados Unidos están violando en secreto todos los acuerdos de desarme».

Chicago Exprés, 20. —«Una mujer sin identificar fue encontrada esta mañana por las patrullas de la costa, a orillas del lago Michigan. El cadáver muestra evidentes señales de haber sido brutalmente torturada. El Departamento de Homicidios de Chicago hace un llamamiento general a los habitantes de la metrópoli, al objeto de identificación de la víctima, pues, según datos no fidedignos, se sospecha que pueda tener conexión con algunos agentes enemigos infiltrados en el país. Posteriormente se ha sabido la intervención del FBI, aunque no de forma oficial».

Tel Aviv, 28. —«Comandos israelitas penetran en Egipto. Atacaron el cuartel general del ejército, a unos 260 kilómetros tierra adentro, desde el Canal de Suez».

Naciones Unidas, 28. —«Guerrilleros palestinos intentan atraerse a los árabes israelitas...».

París, 28. —«No hay cambios en el embargo de armas francesas a Israel».

New York Tribune, 29. —«Las manifestaciones políticas en Calcuta continúan ocasionando muertos. Estados Unidos temen que haya filtraciones comunistas entre Rangún, Mandalay y, ¿por qué no?, en pleno

corazón de la jungla birmana. ¿A través del Irawaddy?».

CAPÍTULO PRIMERO

En mangas de camisa, con la botella de *whisky*, un vaso y los pies sobre la mesa, el cigarrillo colgando materialmente de la comisura de la boca, y su cuerpo fuerte y musculoso retrepado contra el respaldo del sillón donde se sentaba, Cliff Owerland pensaba en algo que tenía que ocurrir y que, sin embargo, no sucedía.

Las noticias del extranjero eran cada vez más alarmantes. El asesinato de la muchacha de Chicago, Israel, las pruebas nucleares, el problema del muro de Berlín, los bombardeos en el Vietnam, las sospechas sobre Calcuta, Rangún... y la jungla de Birmania.

Algo tenía que ocurrir, y sin embargo, contra lo que esperaba, había transcurrido un mes de inactividad, y aquello le crispaba.

Treinta días sin hacer nada, mano sobre mano; cigarrillos, *whisky*, alguna que otra mujer, pero sin complicaciones, y nada más.

Llegaba a este punto en sus pensamientos, cuando sonó el timbre del teléfono.

Owerland apartó los ojos del vaso de *whisky* y, por espacio de varios segundos, lo miró, hasta que alargó la mano y lo tomó.

—¿Sí...? ¿Dígame...?

—¿Owerland...?

Conocería aquella voz metálica, de frías inflexiones, entre un millón de ellas, para no saber a ciencia cierta que lo que estaba deseando que ocurriera, acababa de suceder.

—Sí, Cliff Owerland —respondió, sonriendo al auricular.

Hubo una ligera pausa al otro lado del hilo, y la misma voz preguntó:

—¿Ha leído los periódicos?

—Sí, claro. Y como siempre, el asunto internacional no me gusta ni...

—No es eso precisamente.

—¿No...?

—No. Se trata de la muchacha que encontraron muerta en Chicago. Casi la quemaron con la lumbre de unos cigarrillos.

—¿Y...?

—Tendrá que ir.

—¿A Chicago?

Se oyó una tenue risa, tan metálica como la voz, y Owerland esperó.

Fue muy poco.

Cuestión de tres o cuatro segundos, y se oyó la respuesta:

—Mucho más lejos —siguió una pausa que no interrumpió, y su interlocutor añadió—: Recibirá instrucciones esta misma noche. Por tanto, esté preparado.

Por segunda vez, Owerland le dirigió una sonrisa al auricular.

—Yo siempre lo estoy —dijo—. ¿Algo más?

—Será a las doce. Espere hasta entonces.

No contestó. Al otro lado del hilo, habían cortado la comunicación.

Colgó lentamente y volvió los ojos al vaso de *whisky*, lo tomó y se lo llevó a los labios; terminó con su contenido y ya no bebió más.

Pensaba.

Había estado esperando aquella llamada durante días, y ahora, después de recibida, sus nervios se relajaban.

«Lejos, mucho más lejos...», eso es lo que le dijo, y se estaba preguntando dónde sería enviado, aquella vez. ¿A Israel? ¿A Calcuta...? Pero, ¿qué relación tenía aquella llamada con la muchacha asesinada en Chicago?

Se encogió levemente de hombros, al darse cuenta de que era incapaz de contestarse a su propia pregunta, y se puso en pie.

Atardecía cuando tomó el volante del «Mercedes», sin rumbo fijo, sólo con el expreso deseo de distraerse hasta las doce de la noche.

Junto al Gobierno Militar, a las cero horas.

Owerland abandonó el Manila Hotel cuando apenas si faltaban quince minutos para la cita, sin saber aún a quién iba a ver, pensando asimismo en el primer contacto que entabló en el

aeropuerto de La Guardia. Un contacto extraordinario, según su propia opinión.

Respecto a lo demás, en Nueva York, habían sido poco explícitos al respecto.

«Tiene que ir a Calcuta», le habían dicho aquella noche.

Tampoco le informaron de los motivos que tuvieron para enviarle allí. Ni siquiera se le dijo lo que debía buscar ni lo que debía hacer.

Sólo que a las cero horas del día x debía encontrarse frente al Gobierno Militar de Calcuta y esperar a alguien, y eso es lo que estaba haciendo en aquel preciso momento.

De calle en calle, al paso, volviendo la cabeza hacia atrás, en un vano intento de ver si le seguían, alcanzó la plaza, y se detuvo con los ojos fijos en la fachada de la casa del Gobierno.

Encendió un cigarrillo y consultó el reloj:

Las cero horas.

Owerland introdujo la mano bajo la axila y acarició la fría culata de su «Magnum».

La cita se retrasaba.

Fumó por espacio de varios minutos más, clavando los ojos en los nativos y nativas, en los europeos y americanos que como él mismo deambulaban de un lado para otro, quizá en busca de una aventura más o menos fácil, y por segunda vez, consultó el reloj.

Las cero horas diez minutos.

Vio pasar una patrulla de soldados, con los clásicos uniformes de los *chindwins* de la Segunda Guerra Mundial y, sin poderlo evitar, sonrió.

Un rumor de pasos...

Como otros muchos, como los que estaba oyendo ir de un lado para otro, desde que se estacionara allí, pero sin saber por qué su instinto le hizo pensar que aquéllos no eran como los otros, por lo que se volvió hacia su izquierda, en tanto acercaba la mano a la funda de la axila.

Un nativo.

Alto, vistiendo las ropas del país, se había detenido muy cerca de él, a menos de dos yardas, y le miraba sonriendo.

Owerland no se movió. Esperaba. Y su espera fue muy corta, ya que el otro preguntó, tan pronto como se dio cuenta de que le

observaba:

—*Sahib* Owerland, ¿verdad?

—Soy Owerland —confirmó—. ¿Y tú?

—Me llamo Sibra, *sahib*, y tengo órdenes de llevarte.

—¿Adónde?

—Ven conmigo y lo sabrás.

Owerland dudó unos segundos.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero ten cuidado, ¿comprendes?

—Sibra comprende al americano —respondió—. Y tú no debes tener miedo. Sibra ser amigo de los americanos.

Owerland no contestó, pero se colocó a su lado tan pronto como empezó a andar a buen paso, sorteando el chorro de peatones que iban y venían, de un lado para otro, al parecer, sin orden ni concierto, conduciéndole hacia las calles céntricas de la ciudad.

¿Media hora..., una...?

Owerland nunca supo con exactitud cuánto tiempo estuvo andando al lado del nativo, así como tampoco podía decir si le seguían o no, hasta que se encontró frente a los clubs nocturnos, a las luces neón, a los anuncios luminosos del barrio europeo de la ciudad.

Repentinamente, Sibra le tomó del brazo y le obligó a detenerse.

—Es aquí, *sahib* —dijo suavemente.

Cliff apartó los ojos del nativo y los clavó en el letrero verde, que parpadeaba en medio de la noche.

Mogambo,
nigh-club.

—Puedes entrar.

—¿Y tú?

El indio le mostró los blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—Sibra se va, *sahib* —dijo.

—¿Sí...? ¿Adónde?

El hombre se encogió de hombros.

—Por ahí —respondió vagamente—, pero Sibra volverá. Ahora, tú, entrar.

Owerland vaciló una vez más, fue a decir algo, pero el nativo se alejaba rápidamente de allí, mezclándose con la muchedumbre que, como hormigas, pululaban por la acera.

Miró alrededor.

Nada.

El río humano, heterogéneo en sus razas, nacionalidades y atavíos, y él, completamente solo, en la acera, sin saber a ciencia cierta lo que hacer.

Se decidió al cabo de unos segundos, empujando la acristalada puerta de la entrada.

Unos escalones y, al fondo, música.

Un club nocturno instalado en un sótano, como tantos y tantos otros de los que él conocía en la ahora lejana Nueva York.

Descendió.

La encerada y circular pista, donde había una pareja de bailarines, las mesas alrededor, y al fondo, la barra del mostrador. Las mujeres blancas que actuaban como camareras, mostrando al público parte de sus encantos de sirena, entre los cuales destacaban las piernas más o menos esbeltas, pero cubiertas de malla negra en todo momento.

Buscó con los ojos una mesa desocupada y, cuando la encontró, cruzó entre las otras, dándose cuenta de que los clientes eran tan heterogéneos como los peatones que circulaban por la calle.

Owerland se fijó en ellos, con preferencia en los europeos y occidentales, y luego se sentó.

Fue un nativo el que se acercó a su mesa.

—¿Qué le sirvo, *sahib*?

Hablaba un inglés francamente criminal, pero a pesar de eso, Owerland le entendió perfectamente, por lo que respondió:

—Un *whisky*.

—Ahora mismo, *sahib*.

Se alejó sin esperar respuesta, y Owerland volvió a dejar que sus ojos resbalaran sobre las figuras de los clientes hasta que tuvo el vaso sobre la mesa.

Lo tomó y empezó a beber.

CAPÍTULO II

El contacto, quizá el definitivo, tenía que hacerse allí, pero no tenía idea de si sería con un hombre o una mujer. También podía ser que se tratara de la muerte, que su encuentro con aquel nativo fuera ni más ni menos que una trampa, en la que había caído como un novato, pero era un riesgo que tenía que correr.

Las luces se apagaban.

De un modo instintivo, Owerland acercó la mano a la culata de la «Magnum» y esperó, con los ojos fijos en la encerada pista, vacía, solitaria, como muerta.

Esperó.

No sabía qué, pero lo hizo.

Frente a él, el vaso de *whisky*, a medio consumir, quedaba completamente olvidado, aunque sólo fuera por el momento.

Las luces terminaban de apagarse.

Del fondo, por encima de él, pero a su espalda, se encendió un reflector.

Directo a la pista, pero luego su luz fue avanzando hacia el fondo del local, en dirección a los cortinajes tras los cuales adivinaba que se encontraban los reservados.

Owerland miró y la vio casi al instante.

Una nativa vistiendo el traje típico del país.

Una nativa que avanzaba hacia la pista, moviéndose como una serpiente ante un silencio de tumba, un silencio que se rompió repentinamente cuando la orquesta empezó a tocar, y ella a seguir los compases con los movimientos de su cuerpo.

Como fascinado, Owerland siguió con los ojos aquellos movimientos y los que, ya dentro de la pista, en el centro, empezaba a efectuar al redoble de los tambores, que la hacían contorsionarse como una sierpe o como si estuviera poseída de un ataque de epilepsia, mientras que, poco a poco, las ropas se iban

desprendiendo de su cuerpo.

Los tambores redoblaban su ímpetu y ella, sus contorsiones, hasta que aquéllos y la música fueron decreciendo en intensidad, cesando por completo.

Cayó al suelo, inmóvil, como muerta.

La sala estalló en aplausos, y de un modo inconsciente, Owerland se sorprendió, aplaudiendo a su vez, hasta que las luces se encendieron y la muchacha desapareció de su vista, ahora cubierta por una bata que, desde el lugar donde se encontraba, se le antojó de seda natural.

Cliff volvió a su *whisky* y a examinar el salón.

Nada había cambiado.

Nada, por lo menos, perceptible para él.

Consultó el reloj.

La una y treinta y seis minutos.

Miró el vaso.

Levantó la cabeza para llamar al camarero que le había servido, y entonces la vio allí, muy cerca, avanzando hacia la mesa, dando la impresión de que se encontraba desnuda, como minutos antes lo estuviera sobre la pista.

—Gracias, *sahib* —dijo en perfecto inglés—. Sibra se retrasó un poco, y yo tuve que actuar antes de poder hablar contigo. Te ruego me perdonen.

Cliff desvió los ojos hacia la sala.

—¿No habrá peligro de que te vean hablando conmigo? —preguntó.

—No, en este momento, y por una vez. Siempre acostumbro a tomar algo con los clientes.

—¿Entonces...?

—Pide un *whisky*, americano —dijo—, y mientras bebemos, Tina te dirá lo que tenemos que hacer.

—¿Es ese tu nombre?

—Sí.

Owerland llamó al mozo.

Tres minutos más tarde preguntó:

—¿Y bien...?

La joven le dedicó una sonrisa.

—Aquí no podemos hablar, *sahib* —dijo.

—En ese caso...

—Tina te dará la mano con un papel. Cuando salgas, léelo y ve. Espérame allí.

—¿Irás tú?

—Sí, claro.

—¿A qué hora?

—Sobre las tres.

Poco más hablaron ya.

Pretextando que tenía que volver a actuar, se marchó rápidamente, dejándole solo, pero no sin antes haberle dado la mano en señal de despedida.

Owerland terminó pausadamente su segundo *whisky*, abonó lo consumido y, una vez más, se vio en la calle, bajo los tubos de neón, los fluorescentes, y andando calle abajo, buscando un lugar donde poder leer el papel que Tina le había dado.

Tomó un taxi.

Hora y media más tarde lo detuvo, y efectuó el resto del camino a pie, adentrándose ahora por estrechas callejas, tortuosas y oscuras que, en más de una ocasión, le recordaron las de Marruecos.

Veinte minutos después, Owerland pasó la «Magnum» de la funda de la axila al bolsillo derecho de la americana, y entró en un no menos oscuro portal.

Alcanzó la escalera, silenciosa y vacía, y empezó a subir, peldaño a peldaño, hasta el segundo piso.

Segunda puerta a mano derecha.

Miró alrededor.

Silencio.

Un raído felpudo a sus pies, frente a la puerta.

Owerland se inclinó, lo levantó, tomó la llave, abrió la puerta y entró, cerrando a su espalda.

Atravesó toda la casa, observándolo todo curiosamente, con la automática en la mano, que guardó en la funda de la axila, tan pronto como se dio cuenta de que allí no había nadie más que él.

Se detuvo en la sala de estar, mirando los dos sillones y el sofá, y notando, un tanto extrañado, que tanto aquella habitación como las anteriores estaban amuebladas según las costumbres europeas.

Owerland se sentó en el sofá, y al cabo de unos minutos de inaguantable espera, en el transcurso de los cuales consultó el reloj

repetidas veces, se dejó caer en él.

Se durmió.

No supo lo que le despertó, pero cuando abrió los ojos, tuvo la conciencia de que alguien andaba cerca de allí, y una vez más acercó la mano a la culata del arma y ya no la apartó de allí hasta que ella, después de abrir la puerta, entró en la habitación.

—¿Y bien...?

—Tina explicarte ahora, *sahib*.

—¿Tienes prisa?

—Es tarde.

Owerland no respondió, por lo que ella añadió:

—Tú esperar aquí.

Dio media vuelta y Cliff la vio desaparecer por una de las puertas del fondo donde se encontraba el dormitorio, según viera con anterioridad.

Tardó muy poco en regresar a su lado, llevando en la mano un plano.

El no dijo nada.

Continuaba mirándola, y Tina desplegó el mapa sobre sus morenas y perfectas rodillas.

—Tú estar aquí, conmigo —dijo, señalándole el lugar con el dedo—. A partir de aquí hasta la aldea de Pandú está la jungla. Tú ir por ella, *sahib*.

El hombre se sobresaltó.

Pensaba en Maureen Stivell cuando lo hizo.

—¿Por qué la jungla? —preguntó.

—Carreteras hasta Pandú y Mandalay pueden estar vigiladas. Por la jungla es mejor, aunque hay guerrilleros rojos.

Era toda una perspectiva, pero no lo dijo.

Meditaba y esperaba.

—¿A quién tengo que ver en Pandú?

Tina le mostró sus pequeños, blancos e iguales dientecillos en una sonrisa.

—Tú no llegarás a Pandú, *sahib* —afirmó—, pues el hombre que buscas se encuentra en un *bungalow*. —Hizo una ligera pausa que él no interrumpió, y añadió al cabo de unos segundos de silencio—: Es un americano como tú, y se llama Pool Richarson. Hay que matarle, *sahib*, y devolver a Washington lo que lleve consigo.

—¿Qué es...?

—¿No lo sabes?

Owerland sonrió.

—No.

Tina no respondió en unos segundos.

—Tú hablas poco, *sahib* —dijo al cabo del pequeño silencio—, y eso siempre es bueno.

Owerland no respondió a aquello, pero sí preguntó:

—¿Cómo sabes que le encontraré allí?

Y ella se lo dijo, con lo que no tuvo nada que objetar.

La jungla, el infierno verde, bajo sus pies, con los insectos, los mosquitos, las hormigas rojas y los guerrilleros. No vaciló.

—¿Algo más?

—No.

Pero se guardaba algo, y Cliff lo sabía. A pesar de eso, se puso en pie sin insistir.

Tina le imitó.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Al hotel. Es muy tarde, y mañana me espera un día...

—Tú no ir allí.

Owerland la miró curiosamente.

—¿No? —preguntó.

—No. Es mejor quedarte aquí hasta mañana noche. —No puedo.

Tina le sonrió.

—Son órdenes. No conviene que te vean mucho por Calcuta.

—No obstante...

Ella le interrumpió una vez más con una pregunta:

—Trajiste a la mensahib blanca, ¿verdad?

Owerland la miró con asombro.

—La traje —dijo.

—Ella ya sabe que no volverás en unos días. Sibra le dio el recado.

—En ese caso...

—Tú dormir ahora.

—¿Dónde?

Tina le tomó de la mano y le llevó al dormitorio. Una cama ancha, mullida, magnífica.

—¿Y tú? —preguntó.

Tina se encogió de hombros, y Owerland la miró a los ojos.

Negros, grandes y rasgados, casi oblicuos; pero ojos que no expresaban nada de lo que indudablemente estaba pensando.

—Tendrás que olvidar a la mensahib, ¿comprendes? Tina te la hará olvidar durante unas horas.

Se le acercó.

Mirándola, Cliff vaciló un poco, y luego, dando de lado a todos sus pensamientos, la prendió por la cintura y se inclinó sobre ella para besarla, notando como la joven correspondía, rodeándole el cuello con los brazos.

Maureen Stivell se contempló en el espejo, dio media vuelta y lentamente se encaminó al cuarto de baño.

Tomó una ducha, se puso las medias, terminó de vestirse, se retocó los labios y abandonó la *suite* que Cliff alquilara en el hotel, no sin antes haber tomado del armario ropero un revólver calibre 22, que colocó en los elásticos de las medias.

Míster Owerland y esposa.

Era curioso lo que se podía leer en el libro del hotel, y eso era lo que él había puesto para no regresar en toda aquella noche. Para no volver en...

Dejó de pensar, justo cuando alcanzó el pasillo.

Eran las doce y treinta minutos del mediodía cuando empezó a descender la escalera de uno de los más lujosos y caros hoteles de Calcuta, despreciando el ascensor.

Maureen atravesó el espacioso vestíbulo de mármol blanco, notando cómo allí, lo mismo que en otros lugares, las miradas de los hombres iban a sus piernas, apenas cubiertas con la minifalda.

Sonriendo, sin volver la cabeza hacia atrás, se encaminó al bar.

Ya sentada sobre uno de los altos taburetes, cabalgó una pierna sobre la otra, mostrándolas casi en su totalidad, y pidió *whisky*.

Al ir a tomar el vaso, oyó junto a ella una voz con marcado acento extranjero. Aquello no era nada extraño en Calcuta, pero le llamó la atención, y clavó los ojos en el espejo.

Alto, rubio, de no más de treinta años de edad, le daba en lo físico cierto parecido al propio Cliff. De ojos azules, anchos hombros y estrecha cintura.

Maureen empezó a beber.

Mediaba el vaso cuando la interpeló:

—*Mistress* Owerland, ¿verdad?

Maureen volvió la cabeza.

Los azules ojos del hombre contemplaban su figura para detenerse en las largas y perfectas piernas, cubiertas de nylon.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Lo vi en el libro del hotel. Míster Cliff Owerland y esposa —sonrió—. Lo cierto es que le vi entrar, firmar en el libro registro, y hasta esta mañana —hizo una ligera pausa y preguntó, en tono que daba a entender que ya estaba al cabo de la calle de muchas cosas—: ¿Aburrida?

La sonrisa de Maureen se amplió.

—Sí, un poco —dijo.

La nueva pregunta de él no la sorprendió porque la esperaba:

—¿Conoce Calcuta?

Maureen clavó púdicamente los ojos en el suelo.

—No —respondió—. No he tenido tiempo.

—Creí... que su esposo la habría llevado a...

—No se encuentra en el hotel —le interrumpió—. Salió anoche y tardará un par de días en volver.

El rostro de su interlocutor no cambió de expresión y también en inglés, pero sin que por eso perdiera su fuerte acento extranjero, formuló una nueva pregunta:

—¿Quiere comer conmigo, *mistress* Owerland?

—¿Aquí?

Maureen le vio vacilar.

—¡Oh, no! —respondió—. Verá, tengo el coche fuera y conozco una especie de parador a menos de milla y media de la aldea de Pandú. Podemos ir, comer allí, y de regreso visitaremos lo más típico de Calcuta.

—No sé si...

—¿Prejuicios? Creí que los americanos, y mucho más las mujeres, no los tenían.

—Y no los tengo... si deja de mirar mis piernas de ese modo. No es que no me guste, pero tengo que aparentar que me molesta. Por ética, ¿comprende?

El rubio la miró con asombro y luego se echó a reír.

—Entonces —dijo—, ¿acepta?

—Si no trata de ponerme las manos encima cuando entremos en el coche...

—De acuerdo, *mistress* Owerland, no lo haré... si usted no me da motivos para ello.

—¿Caso contrario...?

—Cualquier cosa puede ocurrir, ¿no? Es usted una mujer muy hermosa, pero no hace falta que se lo diga porque usted ya lo sabe.

—Sí, lo sé..., y por favor, deje de mirar mis piernas, ¿quiere?

Y saltó del taburete al suelo, entre nubes de nylon y encajes negros.

—Por fin, ¿qué ha decidido usted? —preguntó.

—De acuerdo, vámonos... con las condiciones anteriores.

El rubio no contestó.

Se limitó a indicarle, con un gesto, la puerta que daba acceso a la calle, y salieron el uno detrás del otro.

Un «M. G.» deportivo pintado en rojo.

—¿Es suyo?

—Sí, claro.

—Es un buen coche... y bastante raro en esta parte del mundo, ¿verdad?

—Sí, cierto —abrió una de las portezuelas; la contraria al lugar que ocupaba el volante—. ¿Sube?

Maureen lo hizo sin responder, y el hombre se colocó a su lado, embragó y el coche se despegó del bordillo.

Silencio.

Pensativos los dos.

Maureen, luchando consigo misma entre hacerle o no una pregunta, hasta que la formuló:

—¿Se da cuenta de que aún no me ha dicho su nombre?

Los azules ojos la observaron a través del retrovisor y luego le sonrió.

—Vladimir Ivanoff —respondió.

Maureen le miró atentamente.

—¿Polaco? —preguntó.

—No. Ruso. ¿Algún inconveniente? Si es así, nos volvemos.

Maureen le dedicó una de sus bonitas y frecuentes sonrisas.

—Nada de eso —rogó—. No tengo prejuicios, a pesar de que soy americana. Ni contra los negros.

—Eso no es corriente entre rusos y americanos, y usted lo sabe.

—Yo no soy corriente, querido —respondió ella.

No, no lo era, ni mucho menos, y el ruso lo sabía.

CAPÍTULO III

No respondió, ni Maureen añadió nada más, por lo que algunas millas se fueron deslizando rápidamente hacia atrás en el más completo silencio, hasta que Ivanoff lo rompió con una pregunta:

—Géminis, ¿verdad?

Maureen abrió unos ojos como platos.

—No le entiendo —contestó.

El ruso sonrió una vez más.

—Le preguntaba si había nacido bajo el signo de Géminis, querida.

La joven le devolvió la sonrisa.

—Soy Acuario —respondió. Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿A qué viene esa pregunta?

—A lo que me dijo sobre los prejuicios. Por eso creí que era Géminis.

La muchacha dio la callada por respuesta.

Las millas continuaban yéndose hacia atrás, bajo las ruedas del coche. Maureen miraba ahora por la ventanilla. Los ojos de Ivanoff no dejaban de observarla a través del espejo.

La muchacha vio el parador quince minutos más tarde y cuando aún les faltaban un par de millas por llegar, preguntó:

—Desde aquí, ¿falta mucho para Pandú?

El ruso la envolvió en una extraña mirada.

—No, no mucho —dijo—. ¿Por qué?

Maureen se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Creo... creo que por simple curiosidad de mujer. Tenga en cuenta que ésta es la primera vez que vengo a Birmania, y me interesa todo lo que veo.

Ivanoff no respondió.

Podía ser porque estaban llegando al parador, y tenía que concentrarse en la maniobra a efectuar para estacionar el coche, o

sencillamente por no desearlo así, aunque sólo fuera por el momento.

Finalmente lo detuvo, se acercó a Maureen y, por delante de su cintura, abrió la portezuela.

Los rostros, muy juntos, quizá demasiado.

El ruso se inclinó sobre los rojos labios, cada vez más cercanos a los suyos, y ella se apartó justo a tiempo para no ser besada.

—Ya está bien, querido —dijo, un tanto sofocada—. La plaza está tomada, y de continuar así, el viejo y querido Cliff se sentirá molesto.

Ivanoff no respondió.

Abandonó el coche, lo rodeó por delante del motor, abrió la portezuela y Maureen, malignamente, al descender, le mostró las piernas, mirándole con el gesto más inocente del mundo.

—¿Entramos? —preguntó, tomándole del brazo—. Ande, quiero que me hable de Géminis. Siento curiosidad por ese signo del Zodíaco.

El ruso la miró atentamente, notando que por unos segundos perdía la respiración.

—De acuerdo —respondió, tras un momento de silencio—. Vamos, muchacha.

En la soledad de su camerino, Tina terminó de cambiarse de ropa, y tras una ligera mirada a su alrededor, abandonó el club por la puerta trasera, exactamente como hacía noche tras noche.

Empezó a andar por la acera, buscando la calle principal, también como había hecho infinidad de veces, hasta que empezara a actuar allí.

Oyó pasos.

No se volvió.

No le preocupaba ni poco ni mucho, pues pasos a su espalda no era la primera vez que los oía.

Pensaba en Owerland.

Ahora se encontraría en medio de la jungla, desviándose de los caminos y de las carreteras, hacia el *bungalow* donde esperaba encontrar a Pool Richarson.

Los pasos aceleraban.

Tina se dio cuenta, pero no forzó el suyo.

Continuaba pensando.

Un hombre, un desconocido, pero blanco, se colocó a su derecha y el otro a su izquierda.

Tina ladeó la cabeza y les miró.

Fue el de la izquierda el que dijo:

—Será mejor que no hagas ninguna tontería, ¿comprendes?

La joven sacudió la cabeza y se detuvo.

—Pero, ¿qué...?

—Camina —dijo el otro.

Y le mostró una automática de feo aspecto.

Tina miró alrededor, mientras que el otro la tomaba de un brazo.

—Vamos, muchacha —dijo suavemente—. No va a ocurrirte nada.

Llegaban a la esquina cuando preguntó:

—¿Puedo saber qué significa esto?

Uno de los dos sonrió.

—Te lo explicaremos por el camino, ¿comprendes?

—No. ¿Qué quieren de Tina?

—Tal vez que bailes para nosotros.

—Pero que...

—Basta ya —interrumpió el que la llevaba del brazo—. Cierra la boca y no hables más, ¿entiendes?

No respondió, quizá porque clavó los ojos en el coche estacionado no lejos de allí, junto al bordillo de la acera.

Los peatones pasaban por su lado, sin darse cuenta de nada, y Tina vaciló.

—Vamos, andando, y cuidado con llamar la atención.

Siguió sin contestar.

El coche se encontraba cada vez más cerca.

Tina suspiró.

—Sube.

—¿Dónde van a llevarme?

—A dar un paseo, y luego te devolveremos aquí.

La estaban empujando.

Tina llegó a la portezuela.

—Entra, hermana.

Se inclinó, pasó la cabeza, medio cuerpo, y unas manos la

tomaron brutalmente por los hombros y tiraron de ella. Fue la única sensación que experimentó, ya que casi al instante algo la golpeó en la nuca y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, una hora más tarde, todo había cambiado a su alrededor.

Se encontraba atada a una silla, en el interior de una habitación completamente cuadrada y desprovista de todo mueble, exceptuando, claro está, la silla que ocupaba.

Los dos hombres que la miraban desde el extremo opuesto eran los mismos que la detuvieran en la puerta trasera del club, y Tina adivinó sin esfuerzo alguno lo que estaban pensando, y el terror, que reprimió casi inmediatamente, apareció en lo más profundo de sus ojos.

—¿Qué pretenden de mí? —preguntó—. ¿Para qué me han traído aquí?

—¡Cállate!

Lo hizo, desviando los ojos hacia la puerta.

Empezó a moverse, tratando de aflojar un poco las cuerdas que le laceraban las muñecas, consiguiendo con ello que se le hundieran más en la carne.

Gimió de dolor y les oyó reír.

—Si te estás quieta, será mucho mejor para ti.

Se inmovilizó.

Tenía miedo, verdadero terror a lo desconocido, casi tanto como a los hombres que la miraban, creyendo saber qué era lo que iba a ocurrir con ella, más tarde o más temprano.

Dudaba entre volver a preguntar o no, hasta que optó por lo segundo y se mantuvo callada, desviando los ojos de ellos.

Nunca supo cuánto tiempo transcurrió ni por qué regiones insospechadas cabalgaron sus pensamientos hasta que oyó el rumor de unos pasos que se detenían tras la cerrada puerta.

Tina miró hacia allí. Unos segundos de silencio y se abrió. Apareció una mujer.

Era rubia, alta, bien formada y de grandes ojos pardos.

Una blusa, donde se veía más que adivinaba el nacimiento de unos firmes senos, unos *shorts* por encima de unos redondos, largos y morenos muslos, y zapatos de alto tacón.

Venía fumando.

Vio cómo desde el umbral la observaba en silencio, de pies a cabeza, y cómo luego avanzaba hacia ella, sonriendo.

—Bienvenida a esta casa, Tina —dijo—. ¿Te encuentras bien?
No respondió.

La observaba, y mientras lo hacía, la rubia añadió:

—Cierra la puerta, Zarko.

Uno de los dos se movió hacia allí, pero Tina no le miró.

Seguía como fascinada mirando a la rubia, que se acercó aún más, y fue entonces cuando preguntó, deseando romper aquel silencio que se le antojaba siniestro:

—¿Qué quieres de Tina, mensahib? ¿Para qué la has traído aquí?

La mujer le dedicó una nueva sonrisa.

—Para que hablemos tú y yo.

—¿Y sólo para eso me has puesto así? ¿Para hablar? ¿Qué quieres de mí?

La rubia se rió.

—Hacerte unas preguntas.

La señaló y añadió:

—Eres muy hermosa, muchacha, pero Olga sabe cómo terminar con esa hermosura... y la operación no será nada agradable, ¿comprendes? ¿Vas a responder?

El miedo asomó a los ojos de la muchacha, y miró alrededor.

No había escape.

—¿Cómo voy a hacerlo? Tina aún no sabe de qué se trata.

Olga tardó unos segundos en contestar, y cuando lo hizo, se encontraba tan cerca de ella que le rozaba.

—¿Dónde está ese hombre?

—¿Qué hombre?

—El que pasó la noche contigo en el hotel. ¿Quién es y a dónde fue? Como ves, Tina, algo muy fácil de responder.

—No sé... Le conocí en el club y nos fuimos juntos. Luego se marchó, pero no me dijo dónde. No se lo pregunté.

La rubia se llevó el cigarrillo a los labios.

Cuando se lo quitó de la boca, la brasa brillaba como un ascua dorada.

—Te dolerá, muchacha —dijo—, pero si no hay más remedio...

Tina empezó a debatirse dentro de las ligaduras, y la rubia

sonrió irónicamente y le acercó el cigarrillo a una de las mejillas.

—¿Quién es y dónde fue?

Negó con la cabeza y la punta del cigarrillo se le clavó en la carne del rostro.

—Contesta, querida...

Su grito infrahumano se quebró cuando Olga levantó la mano y le cruzó las mejillas de un par de bofetadas.

Con los ojos cuajados de lágrimas, con el rostro ardiendo, Tina la miró:

—No... no sé nada. Nada... Es un hombre como otro cualquiera y que me gustó... Nada, no sé nada...

Su voz se rompió con un agudo alarido cuando la incandescente brasa del cigarrillo se le clavó muy cerca del ojo derecho, y sin dejar de gritar, se debatió, una vez más, dentro de las ligaduras, hasta que cayó al suelo, arrastrando la silla.

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién le mandó a Calcuta? Vamos, habla...

—No lo sé... ¡Déjame...! ¡No... no... no haga eso!

Fue inútil.

A partir de aquel momento sólo se oyeron dentro de la habitación las preguntas de la rubia y los gritos de la nativa, que poco a poco se fueron convirtiendo en murmullos, hasta que terminaron con un ronco estertor, que cesó bruscamente.

Se había desmayado.

Olga lanzó al suelo la punta del cigarrillo y se irguió en toda su estatura.

—Llévatela, Zarko —dijo—. Y no quiero rastros, ¿comprendes?

El otro arqueó una ceja.

—¿No vas a preguntarle nada más?

Ella se echó a reír.

—¡Claro que no! —dijo—. No sabe nada. De no ser así, no hubiera resistido ese castigo. Habría hablado hasta por los codos.

—Entonces, ¿vamos a eliminarla?

—Ya no nos sirve —respondió la rubia, fríamente—, y tampoco podemos dejarla ir. Eso sería peligroso.

—Es... muy hermosa.

—¡Llévatela y olvídale, Zarko! ¿Comprendes? Es mucho mejor para ti... y para todos.

No respondió.

En silencio, se acercó al desmadejado cuerpo de Tina, la desató, se la cargó al hombro y abandonó la habitación.

Cuando regresó, media hora más tarde, sólo dijo:

—Vámonos, Olga. Ese horno de ahí abajo no deja rastro.

La rubia no contestó.

Miró alrededor.

Todavía nada.

A su espalda, a menos de un cuarto de milla, las luces de Calcuta brillaban como una llamada exóticamente misteriosa, o como una llamada mortal.

Delante, la jungla y el silencio.

Más allá, mucho más allá, la aldea de Pandú.

A su derecha, también muy cerca, los coches transitaban de un lado para otro sobre el asfalto que les conduciría directamente a Pandú y a Mandalay, bordeando unas veces el río, y las otras bajo la misma jungla.

Owerland miró el reloj.

Sibra se estaba retrasando.

Tina, después que se separaron en la puerta del club donde actuaba, le había dado la hora de la cita.

En cualquier parte de la ciudad, Maureen se estaría divirtiendo... o tal vez no.

Con mujeres como ella nunca se sabía.

La radio daba noticias de Moscú. En Rabat se esperaba una conferencia cumbre. Los aviones israelitas continuaban bombardeando las posiciones enemigas. El mito de la retirada de tropas en el Vietnam. En Calcuta seguían las manifestaciones callejeras, sin que la policía ni el ejército pudieran hacer nada efectivo por contenerlas. Luchas en las calles de Irlanda del Norte, entre protestantes y católicos. Las fuerzas del ejército, impotentes para retirar las barricadas de...

Con Tina a su lado, Owerland las había oído y comentado.

Finalmente, los diarios de Chicago y Nueva York, pero no ya como noticia de primera plana, daban una reseña sobre la joven china asesinada, con su blanco cuerpo acribillado por la punta incandescente de unos cigarrillos, y cuyo cadáver aún no había sido identificado.

Tina se encontraría en aquel momento sobre la encerada pista del club, interpretando alguna de sus danzas paganas.

Sibra no venía.

El silencio era horrible.

Owerland conocía Birmania, y sabía que la CIA le había enviado a Calcuta por aquel motivo. La CIA, que nunca perdonaba.

Pegado materialmente contra uno de los troncos milenarios, Owerland volvió los ojos hacia Calcuta. Luces maravillosas, anuncios luminosos, tubos de neón, luces y más luces de extraño colorido, llenas de alegría, pero donde, en contrasentido, acechaba la muerte en cada esquina.

Se movió inquieto, y una vez más miró la esfera de su reloj de pulsera, pero no llegó a saber la hora, ya que el rumor de unos pasos, viniendo de su izquierda, le hizo desistir de ello.

Se volvió, rodeando el tronco.

Eran dos.

Owerland se llevó la mano a la funda de la axila, y pasó la automática al bolsillo de la americana.

Unos segundos más tarde, sonrió.

Sibra, acompañado de otro nativo, se movía entre las lianas y los árboles, en el más completo silencio, buscándole.

Le llamó:

—Sibra...

El nativo se volvió en redondo, y en la semioscuridad de la noche, vio brillar sus dientes en una sonrisa.

—Creí que había ocurrido algo, *sahib* —dijo. Se volvió hacia su acompañante y presentó—: Éste es Dubré, *sahib*, y viene con nosotros.

Siguió un pequeño silencio mientras se estrechaban las manos, y luego señalando la metralleta que Dubré llevaba, preguntó:

—¿Dónde la conseguiste?

El nativo sonrió.

—Se la quité a un japonés cuando la guerra, y desde entonces la conservo. Nos hará falta, *sahib*.

Owerland no tuvo nada que objetar, y se pusieron en marcha a través de la maleza, los árboles, las lianas y las plantas trepadoras, sobre un suelo alfombrado con hojas secas, que ahogaban todo rumor de pasos.

Poco a poco, y más rápidamente después, las luces de Calcuta fueron quedando atrás hasta desaparecer por completo.

Sibra marchaba detrás de él, y Dubré, delante, abriendo el camino.

Preguntó:

—¿Cuándo llegaremos, Sibra?

El nativo tardó un poco en contestar.

—Mañana noche —dijo.

Owerland hizo una mueca que nadie vio.

—¿Por qué tanto tiempo?

—*Sahib* estar impaciente, pero antes de mañana... —respondió —. Al amanecer, descansar todo el día. Es mejor continuar andando durante la noche.

—¿Guerrilleros?

—Sí, *sahib*. Calcuta anda mal ahora, y es peligroso ir por la jungla durante el día.

No respondió.

Meditaba.

Maureen y Tina.

Dos mujeres hermosas, y ambas tenían en Calcuta una misión que cumplir, y que podía costarles la vida.

El ruido de los coches que transitaban por la carretera ya no se oía.

El silencio era impresionante.

La hojarasca del suelo impedía oír cualquier clase de pisadas y, por tanto, no hubo nada de extraño en que no les oyeran llegar hasta que fue demasiado tarde y de un modo fulminante.

Owerland oyó el estampido del disparo y se lanzó de cabeza al suelo, mientras que, frente a él, Dubré se doblaba por el centro, soltando la metralleta.

Dio un par de vueltas sobre sí mismo, ahora con la «Magnum» en la mano, y disparó contra las sombras, tirando hacia los fogonazos que buscaban el cuerpo de Sibra, que a su vez rodaba entre la maleza, tratando de evadirse del plomo que zumbaba en todas direcciones a través de la noche.

Owerland oyó el alarido de muerte que coincidió con el disparo de su automática y se hizo el silencio.

A su derecha, donde había quedado, Sibra no se movía.

Tampoco lo hizo él.

Escuchaba.

La quietud y la calma en medio de la jungla era obsesionante.

Delante, caído boca abajo, con una de sus manos muy cerca de la metralleta, Dubré continuaba sin moverse, y pensó que quizá hubiera muerto.

—No te muevas, *sahib*. Están ahí, a la derecha de los dos.

Ladeó la cabeza para mirar.

Nunca sabría cómo lo había conseguido sin que le oyera llegar, pero el nativo se encontraba a su lado, a menos de media yarda de distancia.

—¿Cuántos son?

—Eran tres, *sahib* —respondió el nativo—, pero tú mataste a uno.

Dos, acechando entre las sombras, buscándole a él.

Dubré había muerto, de eso no tenía la menor duda, así como tampoco de que a él no le matarían; no, en aquel momento.

La voz del nativo rompió el hilo de sus pensamientos en mil trozos distintos cuando afirmó:

—Voy por la metralleta de Dubré, *sahib*.

Owerland dudó durante unos segundos.

—Eso puede ser peligroso.

—Lo sé, pero tenemos que tomarla. Cúbreme tú, *sahib*.

Owerland asintió en silencio, y el nativo se puso en movimiento.

Le vio pasar por su lado, con el mismo sigilo que una sombra, confundiéndose con las hojas que llenaban el suelo, y continuar en dirección al caído cuerpo de Dubré.

Una yarda..., dos..., tres, cuatro... Y entonces estalló el disparo.

CAPÍTULO IV

Una sonrisa, una más, frente a la taza de café, con el humeante cigarrillo en la mano derecha.

—Una buena comida —comentó—. Y ahora, ¿qué?

El ruso sonrió.

—Ahora... Bueno, podemos ir a cualquier parte.

—Cómo..., ¿adónde?

—¡Oh! —respondió Ivanoff—. Cualquier lugar es bueno. A partir de ahora, Calcuta es nuestra.

—¿Sí? —se retrepó contra el respaldo de la silla, y sus senos se marcaron fuertemente bajo el vestido, y el ruso desvió la mirada hacia otro lado—. De acuerdo, pero antes hábleme de Géminis, ¿quiere?

Ivanoff volvió a mirarla.

Ojos negros, grandes, rasgados, que no se desviaban de los suyos, cargados de inocencia.

Tardó varios segundos en contestar, y cuando lo hizo, fue con una pregunta completamente inesperada para ella:

—¿Qué sabe de Géminis, Maureen?

Habían quedado, en el transcurso de la comida, en llamarse por sus nombres respectivos, sin tratamiento alguno, por lo que la muchacha respondió:

—Sencillamente, que es un signo del Zodíaco, como usted mismo me dijo.

El ruso se limitó a fumar en silencio y ella a observarle atentamente.

—¿Me está tomando el pelo?

La muchacha clavó púdicamente los ojos en la mesa.

—¿Yo? —preguntó—. Nada de eso, Vladimir. Fue una respuesta a su pregunta. —Levantó los ojos hacia él—. Dígame, y de una vez por todas, ¿para qué me ha traído aquí? ¿Nada más que para

admirar mis piernas o mi fachada, querido, o hay algo más?

Ivanoff tardó un poco en contestar:

—Le dije que era una mujer muy hermosa —respondió—. ¿O no fue así?

—¿Nada más?

—No, nada más.

Ella le miró pensativamente y preguntó:

—¿No me está ocultando algo, Vladimir?

—¿Usted qué cree?

Ella le sonrió.

—Que sí —respondió fríamente—. Me trajo y me invitó a comer con un fin premeditado... y estoy tratando de averiguar cuál es, sin conseguirlo —hizo una pausa, y preguntó al cabo de unos segundos de silencio—: ¿Por qué no se quita la máscara y me dice qué es lo que desea de mí?

El ruso fumó en silencio durante un breve espacio de tiempo, y respondió con una nueva pregunta, que cogió completamente desprevenida a Maureen:

—¿Dónde puedo encontrar a Cliff Owerland, muchacha?

Maureen arqueó levemente una ceja.

—¿Eso es todo? —preguntó a su vez.

—Sí.

Se encogió levemente de hombros y respondió:

—Se perdió en Calcuta... y aún no sé qué ha sido de él. Si quiere, podemos avisar a la policía, ya que dentro de poco, hará veinticuatro horas que desapareció.

—¿Me está diciendo la verdad?

—¡Vladimir!

—¡Cuernos! —estalló él—. Perdone, fiero..., pero... Bueno, es importante que le vea y cuanto antes, ¿comprende?

—Le he dicho todo cuanto sabía respecto a Owerland, amor. Ahora, el problema es suyo y no mío.

Ivanoff se puso en pie.

Maureen le miró, arqueando una ceja, y le imitó.

—¿Nos vamos?

El ruso le mostró sus dientes de lobo, en una sonrisa indefinible.

—Sí —replicó.

Salieron juntos, pero sin tocarse, hasta el rojo convertible de

Ivanoff, que abrió la puerta, apartándose a un lado para dejarla pasar, y ahora Maureen tuvo mucho cuidado en no mostrarle las piernas.

Por lo menos, no mucho más de lo necesario.

La llevó al Mogambo, pero ninguno de los dos pudo ver a Tina.

Ni ellos ni los habituales clientes del club.

De regreso, ya en el hotel, en el centro del *hall*, Ivanoff preguntó:

—¿Subimos?

Maureenladeó la cabeza para mirarle y respondió:

—De acuerdo. Acompañeme, si quiere.

El ruso no se lo hizo repetir, y ambos tomaron el ascensor.

Frente a la puerta de la *suite*, la joven se detuvo, abrió el bolso, rebuscó en su interior, tomó la llave y la introdujo en la cerradura, mientras que en el *hall*, una mujer se acercaba al *comptoir*.

Maureen abrió la puerta.

Cruzó el umbral y se volvió a mirar al ruso.

Ivanoff la observaba con una leve sonrisa jugueteando entre sus delgados labios.

—¿Sabe una cosa? —preguntó—. Me gustaría entrar ahí dentro.

—Conmigo, ¿verdad?

—Sí, claro.

Ella le envolvió en una nueva sonrisa.

—Y a mí también, querido —avanzó unos pasos, y puso las manos en sus hombros—. Pero como le dije, la plaza está tomada.

—Sí, lo sé, y es una lástima —la abarcó por la cintura y se inclinó sobre ella—. Y sin embargo, eso es lo que deseo.

La besó, y las manos de Maureen, mientras abría los labios bajo los del ruso, para aceptar y devolver la caricia, fueron a su cuello para acariciarle la nuca coa las uñas.

—Si algún día decido cambiar —dijo, al separarse de él—, le tendré en cuenta... pero ahora, no. Decididamente, no.

Se separó de sus brazos sin violencia alguna, y retrocedió hasta entrar en la *suite*, bajo la mirada un tanto sorprendida del ruso, que no esperaba un final como aquél, ni mucho menos.

La vio cerrar la puerta con suavidad, sonriéndole, y una vez lo hubo hecho, pensando en que no había forma humana de entender a las mujeres, dio media vuelta, con ánimo de acercarse al bar.

La verdad es que le estaba haciendo falta un trago de algo fuerte.

En el interior de la *suite*, Maureen se desvistió y se dio una prolongada ducha.

Ella también meditaba.

Pensaba en Owerland.

El timbre de la puerta de entrada la sorprendió cuando se disponía a abandonar la ducha, por lo que tomó el albornoz, se introdujo en él, se colocó el cinturón, haciendo un nudo para no perder tiempo, y completamente descalza, atravesó la *suite* de parte a parte y fue a abrir.

Era una mujer.

Rubia, alta y bien formada. De senos firmes, cuyo nacimiento se veía más que adivinaba bajo el amplio escote de la blusa que usaba, y de grandes y rasgados ojos pardos...

De las dos, fue la rubia la que primero habló:

—¡Oh! —dijo—. Perdone si la molesto, pero es importante.

Mistress Owerland, ¿verdad?

Maureen le dedicó una de sus frecuentes sonrisas.

—Exactamente —afirmó—. Soy *mistress* Owerland —se hizo a un lado y, con un elegante ademán de su mano derecha, la invitó a entrar—. Pase, por favor.

La rubia lo hizo, lanzó una fugaz mirada al interior de la habitación, en tanto que Maureen cerraba la puerta, para volverse a continuación, a mirarla.

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hizo cabalgando una pierna sobre la otra, y Maureen continuó:

—¿Y bien...?

—Estoy tratando de localizar a míster Owerland, y creí que usted podría decirme dónde puedo encontrarle.

Maureen se dejó caer en uno de los sillones, y el albornoz se abrió por el centro.

Era hermosa.

Todo en ella era perfectamente hermoso, pero también se podía destrozar en un momento dado.

Respondió:

—Todo el mundo tiene interés en encontrar al pobre Cliff. ¿Por

qué? —hizo una pausa, sin que la rubia tratara de interrumpirla, y añadió—: Aún no me ha dicho quién es usted, querida.

—Una amiga.

—¿De Cliff?

La otra sonrió, quizá un tanto burlona.

—Seguro —dijo.

—Eso no me dice...

—Lo sé —la interrumpió—. Me llamo Olga. Olga Strasser.

—¿Alemana?

—Sí.

Con un ademán, Maureen abarcó todo el interior de la *suite*.

—Cliff no está aquí, querida, como puede ver.

Olga no cambió de expresión, cuando respondió:

—He podido darme cuenta, *mistress* Owerland. Por otra parte, pregunté en la dirección.

—En ese caso...

—Vine por si podía ayudarme usted.

—¿A encontrarle?

—Claro. Es importante lo que tengo que decirle. Muy importante.

—Todo el mundo tiene cosas importantes para el pobre Cliff.

Era la segunda vez que pronunciaba aquella frase, aunque con una ligera variante, y Olga arqueó levemente una de sus cejas.

—¿Quiere decir que alguien más ha preguntado por él?

Maureen sonrió, pero ahora, por contraste, su sonrisa estaba cargada de veneno.

—¡Cierto que sí! —exclamó—. Cliff Owerland es una persona muy importante en Calcuta.

—¿Sí...? ¿Qué tal de importante?

—Eso, Olga —respondió con suavidad—, tendrá que preguntárselo a él, cuando le vea.

—Lo haré. De eso puede estar segura.

Maureen no respondió.

Esperaba.

Y fue muy poco, ya que la alemana preguntó casi a continuación, y después de lanzar una fugaz mirada a su reloj de pulsera:

—¿Quiere hacerme un favor?

—¿Respecto a Cliff?

—Sí, claro.

—¿Y es...?

—Dígale que se ponga en contacto conmigo. Me hospedo en este mismo hotel, querida, en la habitación 418. Lo hará, ¿verdad? —Y añadió, mucho antes de que Maureen pudiera interrumpirla—: Es muy tarde, y estoy segura de que estaba por acostarse, ¿no?

Se puso en pie.

Maureen no se movió, pero sí contestó:

—Es precisamente lo que iba a hacer cuando usted me interrumpió.

—En ese caso, buenas noches, *mistress* Owerland.

Maureen le dedicó una nueva sonrisa.

—Buenas noches —respondió—, que descanse.

Continuó sin moverse, en tanto que Olga daba media vuelta y se acercaba a la puerta, que abrió, para volverse hacia ella, antes de cruzar el umbral.

—Le diré lo que le he pedido, ¿verdad?

Le contestó con otra pregunta:

—¿Algo más?

—Sí —vaciló un poco y añadió—: Dígale que vine desde Nueva York ex profeso para verle.

Maureen no respondió, y la alemana cruzó el umbral, cerrando a su espalda con suavidad.

Con los ojos fijos en aquella puerta que terminaba de cerrarse, ahogó un suspiro, abandonó el sillón en el que permanecía sentada, y se volvió con ánimo de entrar en el dormitorio para acostarse.

No llegó, porque en aquel momento, y por segunda vez en poco tiempo, llamaron a la puerta.

Estaba esperando algo parecido, pero, a pesar de ello, la detonación le sobresaltó mientras que, frente a él, con la mano muy cerca de la culata de la «Sten» inglesa, Sibra daba un salto sobre sí mismo, y luego quedaba pegado al terreno.

Owerland no se movió.

A su espalda, Calcuta continuaba con su vida nocturna.

Alrededor suyo, entre las sombras, las lianas y la maleza, la muerte acechaba a pocos pasos.

Al frente, en la distancia, entre él y Pandú, un *bungalow* que era de vital importancia para la CIA, y al que jamás llegaría, sin ayuda alguna.

Escuchó.

El silencio después del disparo era obsesionante.

Un silencio que se rompió de un modo inesperado para él.

—Oiga, sabemos que está ahí. Suelte el arma, ponga las manos sobre la nuca y déjese ver. No le ocurrirá nada, si lo hace así.

Le necesitaban vivo, y sabía por qué.

Hizo una mueca, dando la callada por respuesta y esperó.

¿Segundos, minutos u horas?

Owerland no lo supo nunca.

—Vamos, salga de una vez.

Ni siquiera les oía.

Owerland luchó consigo mismo y no respondió.

En el interior del *bungalow*, en el corazón de la jungla birmana, había un hombre que había sido sentenciado por la CIA, y unos documentos que para el enemigo podían valer millones.

—¿Me oye?

Estaban bien informados, pero sin seguridad alguna en cuanto a su personalidad.

¿O tal vez sí que la tenían?

Continuó sin responder, tratando de descubrir el lugar exacto desde donde le estaban hablando y mirando de vez en cuando hacia los altos árboles que, con sus ramas y follaje, formaban una tupida red de hojas, que impedían a los rayos de la luna penetrar hasta el suelo.

—Si dentro de treinta segundos no hace lo que le he dicho, morirá, ¿comprende?

Empezó a retroceder, tratando de dar un rodeo, luego de lanzar una mirada al cuerpo completamente inmóvil de Dubré, y a la metralleta que tenía junto a los dedos de su mano.

—Quince segundos... Y le advierto que su muerte no será nada agradable, ¿comprende?

No, desde luego, no iba a serlo ni mucho menos, y de eso estaba completamente seguro, pero no podía hacer nada al respecto.

Continuó retrocediendo, desviándose hacia la izquierda, con la «Magnum» en la mano, tratando de sorprenderles por la espalda,

seguro completamente de que eran más de uno los que permanecían emboscados.

Un rumor...

Suave, apenas perceptible, pero que hizo que se pegara al terreno, tratando de distinguir alguna cosa, sin conseguirlo.

Escuchó una vez más.

Silencio.

Owerland continuó sin moverse.

Un minuto... dos..., a su derecha, a menos de treinta yardas, el cuerpo de Dubré continuaba tan inmóvil como siempre y, al mirarle una vez más, Owerland comprendió que debía permanecer allí, sin moverse y sin perderle de vista.

La metralleta era un atractivo tan poderoso para ellos como para él mismo.

—El tiempo ha terminado. ¿Se decide?

No se movió.

Tampoco desvió los ojos de Dubré, diciéndose *in mente* que daría cualquier cosa por saber a ciencia cierta cuántos eran y el lugar exacto en que permanecían ocultos.

El tiempo empezó a transcurrir como había pasado hasta entonces, pesado y monótono, angustioso, hasta que, de un modo repentino, al filo de los árboles que había más allá de donde Dubré yacía, le pareció distinguir una sombra, más espesa que las demás, que se movía sigilosamente en dirección a aquel mismo cuerpo que ya le obsesionaba.

Owerland levantó la «Magnum».

La sombra se inmovilizó.

Adivinó lo que estaba intentando, y también lo que iba a hacer a continuación, por lo que esperó un poco más.

Sabía que era cuestión de segundos, y no se equivocó.

Había perdido los nervios, e iba a cometer una imprudencia, cegado por una sola idea, la metralleta.

Owerland no se equivocó.

De un modo súbito, la sombra abandonó los árboles y empezó a correr hacia la «Sien», hasta que se materializó.

Owerland ladeó el cañón de la automática y apretó el gatillo una sola vez.

El hombre, un blanco, pareció tropezar con un muro invisible,

dio un traspié, soltó el arma que llevaba en la mano, y se desplomó sobre el cuerpo del nativo, quedando sobre aquél.

Dos balas chamuscaron la cabeza de Owerland, que se aplastó contra las hojas, disparando a su vez contra los fogonazos.

Oyó una maldición, seguida de un alarido, y se puso en pie, saltando hacia los árboles, en tanto que el plomo silbaba en todas direcciones y, por unos segundos, se dijo a sí mismo que en aquel momento ya no pensaban en cogerle vivo.

Disparó una vez más.

El último cartucho.

Volvió la espalda, y empezó a correr entre la maleza, sin preocuparse de que la ropa y la piel se le desgarrasen, tratando de un modo frenético de encontrar un nuevo cargador para la «Magnum», rebuscándose en los bolsillos, en tanto que el ruido de pisadas a su espalda se intensificaba.

Ahora ya no disparaban.

Habían comprendido lo que le ocurría, y trataban de alcanzarle vivo, como ya pensara con anterioridad.

Un cargador, uno solo, y moriría matando, pues deseaba en modo alguna caer vivo en aquellas manos.

Lo encontró, continuó corriendo, tropezó y cayó al suelo.

Casi sin aliento lo introdujo en la culata y tiró de la corredera hacia atrás.

Entonces se puso en pie y se pegó al tronco de uno de los árboles.

Los pasos entre la maleza sonaban cada vez más cercanos, y se dijo que se encontraban muy seguros de la victoria sobre él, ya que no trataban de ocultarse ni de disimular sus pisadas.

Pero ¿cuántos eran, en realidad?

Se encogió de hombros.

¿Qué importaba aquello?

Ahora ya no importaba nada..., como no fuera su fracaso, y aquello le dolía.

Levantó el arma.

Frente a él, delante de sus ojos, un pequeño claro bañado por la luna, y que en su correr había atravesado casi sin darse cuenta.

Por allí aparecería la muerte.

Repentinamente, les vio.

Tres, y los tres nativos.

Dos revólveres y un cuchillo.

Fríamente, con una mueca salvaje vagando entre sus crueles labios, Owerland apretó el disparador de la «Magnum».

Les vio caer en confuso montón y por segunda vez.

Aquella noche, volvió la espalda al enemigo y corrió entre las lianas, las plantas trepadoras y los árboles, dejando a su espalda la ciudad de Calcuta y acercándose cada vez más a la meta, de un modo implacable, como el destino mismo o como la propia muerte.

Corrió como nunca lo había hecho, cayendo aquí y allá, levantándose una y otra vez, sin soltar la automática, tratando por todos los medios de hacerles perder su pista, destrozándose las ropas y la piel, sangrando por algunas partes del cuerpo, hasta que, con el corazón a punto de estallar, se detuvo, recostando la poderosa espalda en uno de los troncos, respirando entrecortadamente, en espera de que el latir de sus vísceras cardíacas se aquietaran un tanto.

Una vez más escuchó.

Silencio.

Mortal y pesado como una losa de plomo que repentinamente se hubiera desplomado sobre sus hombros.

Owerland rebuscó en sus bolsillos.

No había un solo cargador de repuesto.

La oscuridad era absoluta.

Conocía Birmania, pero no lo suficiente para continuar andando por la jungla, en medio de la noche, sin la ayuda de Sibra o Dubré, y ambos habían muerto.

En aquel momento, a ciencia cierta, no estaba seguro del lugar dónde pudiera encontrarse el *bungalow*, aunque tenía la vaga impresión de que se hallaba en buen camino.

¿Qué hacer? ¿Esperar un nuevo día?

Aquello era aún mucho más peligro que vagar entre las sombras, yendo de un lado para otro, sin saber si sus pasos tomaban la verdadera dirección.

Tendió el oído y al no percibir nada, se preguntó si verdaderamente había logrado hacerles perder el rastro o si, por el contrario, se encontraban cerca, rodeándolo sin que se hubiera dado cuenta de nada.

Owerland se puso en marcha una vez más, buscando ahora un lugar donde descansar hasta el día siguiente, pensando que aquélla era la mejor solución, aunque sólo fuera por el momento.

CAPÍTULO V

Maureen se volvió en redondo, pero no fue para acercarse a la puerta, sino al lugar donde había dejado las medias, entre las cuales tomó la «22», que colocó en uno de los bolsillos del albornoz.

El timbre de la puerta continuaba sonando cuando se ajustó aún más el nudo del cinturón, y sólo entonces se decidió a abrir.

Lo hizo.

—¡Usted!

Ivanoff la miraba de pies a cabeza, con los ojos fríos y herméticos, carentes de toda expresión.

—Le ruego que me deje pasar, Maureen —dijo.

—Le dije que...

—¡Sé lo que me dijo! —estalló el ruso—. Vamos no sea estúpida y déjeme pasar.

—¿Sí...?

Tomó la puerta e hizo ademán de cerrar, y entonces Ivanoff añadió:

—¿Serviría de algo si le dijera que se trata de Cliff Owerland, querida?

Estaba excitado.

Aquello era obvio para Maureen, pero aun así vacilo unos cuantos segundos hasta que las nuevas palabras del ruso la decidieron:

—Escuche, preciosa, si no me deja pasar, si no me ayuda, puede que Owerland muera esta noche en Birmania, ¿comprende?

Se apartó y el hombre cruzó el umbral. Luego cerró. Y ambos se enfrentaron en silencio.

Ivanoff mismo lo rompió:

—Vístase, que nos vamos, Maureen.

La muchacha arqueó una ceja.

—¿Adónde? —preguntó.

—Usted va a abandonar el hotel ahora mismo. Hágalo por la puerta principal. Frente a la puerta encontrará un «Bentley», con las llaves puestas. Tómelo y...

—¿Dónde debo ir?

El ruso hizo una mueca.

—A ninguna parte, querida —dijo—. Sólo debe irse por ahí, a dar un paseo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y después...?

—Regrese al hotel.

Maureen le miró fijamente, con la mano derecha dentro del bolsillo del albornoz.

—Creo, querido —respondió fríamente—, que si eso es todo, no voy a poder complacerle. Soy alérgica a los paseos en coche, cuando lo hago completamente sola y de madrugada.

Le vio dudar unos segundos.

Entonces se lo dijo, y ella le miró con asombro.

—Vístase, ¿quiere?

Maureen respondió con otra pregunta:

—Si es así, ¿qué ocurrirá?

—¿Con usted...? Nada.

—¿Cómo sé que no me está mintiendo?

El ruso maldijo en su idioma, y añadió en inglés:

—No sea estúpida, y no me haga perder más tiempo. ¿Qué diablos les ocurre a todas las mujeres, que siempre creen que los hombres las engañan cuando les dicen lo que deben hacer, por su bien? Vamos, ¿se viste?

Sin responder, Maureen le dio la espalda y lo hizo del mismo modo giró a la inversa y se acercó a la puerta; llevando, una vez más, la «22» en los elásticos de las medias. Tomó el tirador para abrir, y en aquel momento el ruso la llamó:

—Un momento, Maureen —dijo.

—¿Sí...?

—¿Qué hora tiene usted?

Consultó su reloj de pulsera.

—Las dos y cincuenta minutos —respondió.

Vladimir ajustó el suyo.

—Arranque dentro de diez minutos justos, ¿comprende? — vaciló un poco y preguntó—: ¿Podrá hacerlo?

Maureen le envolvió en una de sus sempiternas sonrisas.

—Descuide, amor, que lo haré.

Abrió la puerta y desapareció por el hueco, mucho antes de que el ruso pudiera añadir algo más, cerrando a continuación a su espalda.

Al quedar solo, Ivanoff lanzó una fugaz mirada alrededor, y se encaminó al dormitorio. Abrió la ventana, pasó una pierna sobre el alféizar, luego la otra, y saltó sobre la escalerilla para casos de emergencia.

Empezó a descender.

Cuando alcanzó la esquina del edificio del hotel, el «Bentley» que Maureen conducía se despejaba lentamente del bordillo de la acera.

En la opuesta, un «La Salle» pintado en negro hacia lo propio.

Rápidamente, el ruso empezó a retroceder.

Comenzaba la caza.

A través del espejo retrovisor, Maureen vio cómo el «La Salle» emprendía su persecución y, conduciendo con una mano, tomó el revólver y lo depositó a su lado.

Frente a ella, a ambos lados de la ancha calle, el tránsito era escaso, a aquella hora de la madrugada.

Podría correr todo cuanto quisiese, pero, por otra parte, no deseaba dar la impresión a sus seguidores que se trataba de una fuga.

Pensó en Ivanoff y sonrió.

El ruso no había mentido; predijo que sería seguida tan pronto como abandonara el hotel, y no se equivocó. También le dijo que la iba a hacer servir como cebo y aceptó, a pesar de que sus gustos personales eran muy distintos, pero cuando ingresó en el CIA había escogido su destino; un destino que era ni más ni me nos que el de morir o matar.

No obstante, desconfiaba del ruso, a pesar de todas las explicaciones que le diera, pero, por otra parte, sola en Calcuta, sin un solo contacto, sin noticias de Owerland, tenía que hacer algo, y lo estaba realizando.

Punto por punto, como diría el querido Cliff.

Detrás suyo, siempre a la misma distancia, el negro coche continuaba siguiéndola, implacable, y de un modo fugaz, volvió a mirar el revólver que reposaba a su lado, sobre el asiento, al alcance de su mano. No duda ría en usarlo, si de la persecución se pasaba a los hechos.

Vladimir Ivanoff podía ser todo, menos un agente del CIA, por el momento, estaba siguiendo sus instrucciones, a falta de algo mejor.

Era... ni más ni menos que un juego mortal, en es que ella representaba, también por el momento, el principal papel, que se podía romper en cualquier instante si no evitaba que alguien retorciese su lindo cuello de cisne.

¿Quién o quiénes la seguían?

Maureen se formuló la pregunta al tomar una curva y aflojó la marcha, con objeto de que el «La Salle» llegara a tiempo de verla desaparecer por la próxima, esquina, y continuó pensando.

Recordaba a la bella rubia, de la cual no había hablado con Vladimir.

Cierto que no sabía si lo hubiera hecho de tener un poco más de tiempo, pero Maureen lo dudaba en aquel momento.

Una rubia que deseaba ver a Cliff Owerland, y que no daba explicación alguna ni de su presencia en la *suite* del hotel, por lo menos de un modo satisfactorio, ni de su comportamiento respecto al propio Owerland.

Clavó los ojos en el retrovisor.

El negro coche continuaba a la misma distancia.

Maureen consultó el reloj del tablero.

Las tres y cinco minutos.

Se encontraba cansada.

¿Obrar por su cuenta?

Una leve sonrisa se perfiló entre sus sensuales labios, y de un golpe de volante torció por la siguiente bocacalle, haciendo aullar las cubiertas sobre el asfalto.

Maureen buscaba un hotel.

Detrás de ella, en el interior de «La Salle», Zarko lanzó una maldición.

—Nos vio, Lajos —dijo, dirigiéndose a su acompañante—. Está tratando de escapar.

El llamado Lajos pisó el acelerador, y el motor rugió, lanzando

el coche hacia adelante a suicida velocidad.

—Vamos, Lajos, no la pierdas.

—No escapará.

Por delante de ellos, el «Bentley» alcanzaba una de las grandes avenidas.

—Date prisa.

El cuentamillas empezó a subir de manera alarmante.

—¿Qué intentas hacer?

Zarko tardó unos segundos en contestar.

—Detenerla, a toda costa.

—Eso...

—No voy a eliminarla, imbécil, sino a detenerla. Y no deseo que escape. No quiero que le diga al americano que estamos sobre su pista, ¿entiendes? Y ella misma va a decirnos dónde se esconde... o en su defecto, adónde ha ido. La pobre Tina no lo sabía, y murió.

La distancia entre el «La Salle» y el «Bentley» empezaba a disminuir.

Al darse cuenta de ello. Zarko exclamó:

—Continúa así, que ya la tenemos.

E introdujo la mano en la guantera, de donde extrajo una pesada automática del 45.

Lajos no contestó.

Siguió conduciendo, acercándose más y más al coche que Maureen conducía, hasta que Zarko advirtió:

—Mantén la distancia.

Bajó el cristal de la ventanilla lateral derecha, y asomó la mano armada con la automática.

En aquel momento, el «Bentley» se encontraba a menos de veinte yardas de distancia, y Zarko apretó el gatillo.

La bala pegó de refilón contra el guardafangos de una de las ruedas traseras y, con un extraño silbido, rebotó, perdiéndose en las alturas.

Zarko disparó una vez más, y ahora tuvo suerte.

El neumático estalló y el «Bentley» dio un bandazo, se subió a la acera y se estrelló contra la pared, pero cuando lo hizo, Maureen había conseguido aplicar los frenos, por lo que el encontronazo, por lo menos para ella, careció de importancia.

Se enderezó sobre el volante, y alargó la mano hacia el revólver.

El arma ya no se encontraba sobre el asiento.

Había caído al interior del coche.

Maureen se inclinó para buscarla y entonces oyó el chirrido de los frenos del coche perseguidor.

No había tiempo.

Ya no tenía tiempo nada más que para una cosa; para huir rápidamente de allí, si podía.

Abrió la portezuela, saltó sobre la acera y miró alrededor.

Las del «La Salle» se estaban abriendo.

Maureen no esperó a verles salir del coche; volvió la espalda y empezó a correr.

Una esquina.

La dobló.

A su espalda oyó las rápidas pisadas del hombre que la perseguía.

Se detuvo unos segundos, se quitó los zapatos y con ellos en la mano continuo corriendo. Siempre detrás cada vez más cerca, oyó el jadeo del hombre.

Faltaba muy poco, unas yardas, y todo habría concluido para ella.

No iban a eliminarla, de momento, pero Maureen sabía que en la vida había muchas clases de muerte.

La respiración le faltaba, los senos le dolían, y estaba a punto de desmayarse cuando, frente a ella, por la avenida que tenía delante, vio los faros de un coche, que la deslumbraron momentáneamente.

Casi al instante oyó el violento roce de las cubiertas contra el suelo y tres estampidos consecutivos.

A su espalda alguien soltó una ahogada exclamación, un estertor agónico, el ruido que hace un cuerpo al desplomarse, y junto a ella, en el mismo bordillo, la voz de Ivanoff:

—Vamos, suba antes de que se presente la policía.

Agotada completamente, con los pulmones en la boca, Maureen se acercó al rojo convertible y subió cuando el ruso ya arrancaba.

Se desplomó contra el asiento y cerró los ojos, respirando entrecortadamente, con una respiración ronca, asmática, y que poco a poco se fue normalizando.

—¿Dónde me lleva? —preguntó tan pronto como se hubo recuperado.

—Tengo mi propio apartamento en Calcuta, querida —respondió el ruso.

Maureen le sonrió a través del retrovisor.

—Prefiero el hotel —respondió.

—Y yo también..., pero, ¡cuernos!, no sea tan estúpida. Allí, de momento, usted no hace falta.

—¿No...?

—Seguro que no, Maureen, Y ahora, no me busque complicaciones, ¿comprende?

—¡Ah! No sabía que había sido yo la que se las buscó. Perdona, pero no fue mi intención hacerlo.

El ruso no respondió.

No del modo que Maureen esperaba, ya que lo que dijo fue:

—Lo hizo bien, pero se precipitó.

—De acuerdo, lo hice —respondió ella—. Y ahora que lo sabe, que ambos estamos completamente de acuerdo, ¿quiere decirme qué consiguió con todo esto?

—Que sucediera exactamente lo que había previsto.

—¿Sí...? ¿Y qué era?

Ivanoff tardó varios segundos en contestar, dando la impresión a Maureen, al hacerlo, de que estaba tratando de coordinar sus pensamientos.

—Tenía la seguridad de que la vigilaban y de que estaba corriendo un grave peligro en el hotel, y, como ve, no me equivoqué.

—Sí, ya me di cuenta. Y eso, ¿adónde nos conduce?

—Quizá a ninguna parte, pero, por lo pronto, ya sé quiénes son y con quién nos tenemos que enfrentar.

—¿A todos?

El ruso sonrió.

—Eso es lo único que me falta por saber, Maureen.

Ella dio la callada por respuesta, por lo que el resto del camino lo hicieron en el más completo silencio, hasta que se encontraron frente al edificio donde Ivanoff tenía su apartamento.

—Quédese en ese portal, y no se mueva —dijo, abriendo la portezuela para que descendiera.

—¿Y usted?

Ivanoff la miró largamente.

—Voy a guardar el coche, querida —dijo—. Espéreme, ¿quiere?

Maureen asintió con un leve movimiento de cabeza, y abandonó el convertible.

Unos segundos más tarde, quedó completamente sola, en uno de los portales, y fue entonces cuando se dio cuenta de que aún conservaba los zapatos en la mano.

Se los calzó.

El ruso no volvía.

Se encontraba nerviosa.

Eso era todo.

Transcurrieron dos, tres, cuatro minutos, y entonces le oyó llegar.

No obstante, se asomó con precaución, hasta que le vio, y abandonó el portal.

—Venga.

La prendió del brazo, abrió la puerta que daba acceso a la escalera y, sin soltarse, alcanzaron el pasillo del tercer piso, y allí una de las cuatro puertas que había.

Unos minutos después, ambos se encontraban frente afrente, en el interior de un bien amueblado *living* mirándose a los ojos.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Maureen.

—Ahora nos iremos a dormir, querida —dijo él—. No tardará en amanecer, y tenemos que descansar.

—¿Dónde?

Ivanoff señaló una de las puertas situadas frente a ellos, al otro lado del *living*.

—Allí —respondió.

Maureen se acercó, mientras que el ruso apagaba las luces de la lámpara del techo, dejando encendida una pequeña que había instalaba en uno de los rincones, sobre una mesita adosada a la pared. Cruzó el umbral y regresó al cabo de tres o cuatro minutos, llevando en las manos sendas mantas.

—Por una noche, querido —dijo ella—, no creo que se resienta de los huesos.

Las soltó sobre el sofá, se volvió en redondo, entró en el dormitorio y cerró a su espalda.

En el centro del *living*, Ivanoff encogió filosóficamente los hombros, sonrió irónicamente, como burlándose de sí mismo, y se

tendió en el sofá.

Las luces del nuevo día aparecieron por las ventanas, sin que hubiera podido pegar un ojo.

Pensando una y otra vez en los sucesos ocurridos desde que fuera enviada a Calcuta como comando especial, en ayuda de Owerland.

Ivanoff se lo figuraba marchando con Sibra y Dubré a través de la jungla hacia un destino que podía ser mortal, pero por el momento no podía hacer nada para poderse en camino tras sus huellas. En el Manila Hotel había una ramificación que había surgido a la luz de un modo completamente inesperado, y aún no sabía a ciencia cierta por y para qué buscaban a Cliff Owerland y mucho menos, por qué trataban de interceptar su misión.

¿Qué conexión había entre los sucesos ocurridos recientemente con Pool Richarson y la muchacha china Asesinada en Chicago?

Se encogió de hombros, como dando a entender que para él aquello no tenía respuesta alguna, y entonces le puso en pie, abandonando el sofá.

Lanzó una mirada a la cerrada puerta del dormitorio y, lentamente, sin dejar de barajar las ideas en el interior de su inteligente cerebro, se encaminó al cuarto de baño, donde se duchó, y acto seguido, regresó al *living*, donde se sorprendió.

Maureen se encontraba allí, en pie, junto a la ventana, vuelta de espaldas a él, observando la calle.

Ivanoff se acercó.

—No podía dormir —dijo, cuando le tuvo a su lado, pero sin volverse para mirarle—. Estoy nerviosa. —Hizo una pausa, sin que el ruso dijera nada y añadió—: Me estoy preguntando cosas.

—¿Sí...? ¿Qué clase de cosas?

Ella tardó bastante en responder.

La mujer que se encontraba frente a la *suite* que Maureen y Owerland alquilaran en el hotel, era rubia.

Desde el otro extremo del pasillo, Ivanoff la contempló con un frunce curioso en su semblante y se acercó.

La interpeló en inglés:

—¿Puedo ayudarla en algo?

Un tanto sorprendida, la rubia volvió la cabeza, y el ruso se vio

frente a unos ojos grandes y pardos que a su vez le observaban con curiosidad.

Y su sonrisa.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Estoy buscando a *mistress* Owerland, pero, al parecer, ha salido.

—Eso es precisamente lo que iba a decirle.

La rubia le miró con asombro.

—¿Sí...? ¿Y sabe dónde?

Ivanoff no devolvió la sonrisa cuando contestó:

—No lo sé. De lo único que estoy seguro es de que no volverá al hotel.

—¿No...? Es extraño.

—¿Qué es lo que ve de extraño en que no vuelva?

—Todo. Y principalmente, que en recepción no sepan nada.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Sencillamente, porque pregunté por ella. Miraron el casillero, ¿comprende?, y la llave de la *suite* no se encuentra allí. Por tanto, *mistress* Owerland debe estar dentro, lo que aún resulta más extraño.

—¿Por qué? —preguntó Ivanoff.

—¡Oh! Me he cansado de llamar, y nadie contesta. —Le miró con los ojos muy abiertos y preguntó—, te habrá ocurrido algo, ¿verdad?

Ivanoff denegó con la cabeza.

—No le sucede nada —afirmó—. *Mistress* Owerland se encuentra perfectamente.

—¿Sí? ¿Y usted?

—Nos encontramos anoche —interrumpió el ruso—, hablamos un poco, y decidió venir conmigo.

—¿Adónde?

—Perdone, pero eso no se lo voy a decir.

—¿No...?

—Seguro —hizo una pausa, y prosiguió—: Compréndame, querida, anoche quisieron asesinarla, y tuve que ayudarla, cuando se encontraba en un apuro. Le aconsejé que no regresara al hotel.

Los ojos pardos le miraron, llenos de sorpresa.

—Es..., es inconcebible.

—Lo es —afirmó Ivanoff—. Por eso no le digo donde se

encuentra. El secreto no es mío.

La rubia no respondió y, en silencio, de un modo repentino, se le acercó, le prendió de un brazo y tiró de él, pasillo adelante.

—Me hospedo en este hotel, querido —dijo—. ¿Por qué no me espera en la barra, mientras me cambio de ropa?

Los ojos de Ivanoff fueron a sus largas y bien torneadas piernas, apenas cubiertas por el cortísimo *shorts* que usaba.

—Son preciosas —afirmó—, en cuyo caso, deseo que me acompañe de ese modo.

Pero la rubia tenía otra idea.

—Las esconderé para más tarde. No me gusta cómo me mira usted, y es mejor...

Ivanoff le mostró los dientes en una sonrisa.

—Es la primera vez que una mujer me dice eso —continuó afirmando, fríamente—. La mayoría me toman por un hombre guapo.

Ella abrió mucho los ojos, y en el acto se echó a reír.

—Y llevan razón —dijo—, pero no me agradan las precipitaciones, sean de la índole que sean. ¿Me espera en la barra?

—¿Es una promesa?

—¿Para qué?

—Para después.

—Es... demasiada impaciencia, querido, si tomamos como base el que apenas hace cinco minutos que nos conocemos.

—Algunas veces, y según en qué casos, de esos cinco minutos sobran cuatro, ¿no?

—¿Y ése es nuestro caso?

Le miraba con los ojos velados por las largas pestañas y una leve sonrisa jugueteando entre los rojos labios, sonrisa que el ruso no supo cómo definir.

—Podría serlo, ¿verdad?

La rubia abrió los ojos.

Chispeaban.

—Sí, quizá sí —dijo—, pero no se impacienta. Antes tenemos que hablar.

—¿En la barra?

—Sí. Espéreme en el bar, ¿quiere?

—¿Y por qué no en su habitación?

La sonrisa de la rubia se amplió.

—¿Me espera? —Fue lo que preguntó.

Ivanoff asintió con un leve movimiento de cabeza y ambos, sin que ella se soltara de su brazo, alcanzaron la *suite* que ocupaba en el hotel.

Allí, frente a la puerta, se soltó.

—Gracias por acompañarme hasta aquí —dijo, para añadir tras una ligera pausa—: Me esperará, ¿verdad?

Ivanoff se inclinó hacia ella.

—Lo haré —dijo un segundo antes de dar media vuelta, y empezar a andar pasillo adelante, sin volver la cabeza, en dirección al ascensor.

El ruso tomó uno de los altos e incómodos taburetes, se sentó y pidió *whisky*.

Mediaba el segundo cuando Olga Strasser dijo, a su lado:

—Gracias por esperarme.

Ivanoff la miró con una sonrisa humorística en los labios.

—¿Se pasa la vida dando las gracias a todo el mundo, querida? —preguntó.

—Algunas veces. Sobre todo, cuando se trata de un hombre que me gusta.

—¿Sí...?

—No se burle —se volvió hacia la barra, enfrentó al barman, y entonces pidió—: Un *whisky*, por favor.

Cuando regresó los ojos al ruso, éste continuaba sonriendo.

—¿Por qué no me dice dónde puedo encontrar a su... amiga de usted? —preguntó.

El ruso le mostró los dientes en una divertida sonrisa.

—En primer lugar, *mistress* Owerland no es miga, sino su esposo, ¿comprende?

—Lo que no nos importa a ninguno de los dos ¿verdad?

—Cierto.

—En ese caso...

—Quizá se lo dijera si...

La rubia le miró largamente, tomó el vaso, lo levantó hasta sus labios y bebió, mirándole.

Al terminar, respondió:

—Creo que pide un precio demasiado alto por una simple

información.

—Perdone, no volverá a ocurrir.

—Tampoco he dicho eso —respondió Olga, rápidamente.

Demasiado, a juicio del propio Ivanoff, que contestó:

—De acuerdo, querida, venga conmigo y le mostraré el lugar. Pero con una condición, que en la conversación que tengan, deberé estar presente.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Pongamos que por curiosidad —respondió Ivanoff.

Olga entrecerró los ojos.

—Escuche —dijo pausadamente, y después de lanzar una mirada alrededor—, ¿por qué no viene conmigo a mis habitaciones, y tal vez allí, sin tanto público, pueda convencerle a usted?

Era una sandez.

Ivanoff lo comprendió así, pero a pesar de ello, preguntó:

—¿Por qué ahora...?

—Me llamo Olga —interrumpió ella. Hizo una ligera pausa y añadió—: Quizá..., quizá porque, después de todo, me agrada conversar con usted en privado. No olvide que usted mismo dijo que las mujeres le tenemos por un hombre guapo.

Ivanoff pudo preguntarle por algo más, pero no lo hizo.

—Cuando quiera, Olga —fue lo que dijo.

—Espere un poco y no se impaciente. Subiremos, desde luego, pero antes..., antes tiene que darme esas señas.

El ruso rió suavemente mientras tomaba el vaso para beber.

—Creo, querida —dijo—, que no va a poder ser.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que antes, mucho antes, repito lo que usted, tiene que darme algunas explicaciones.

—¿Cómo...?

—Por ejemplo, ¿para qué desea verla?

—Anoche, antes de que ocurriera ese hecho tan... tan desagradable..., estuve hablando con *mistress* Owerland.

—¿Y...?

—Deseaba hablar con su marido. Cliff Owerland fue conocido mío antes de que viniera a Calcuta, ¿comprende? Yo... Eso es algo que no puedo decir, pero debe —trasladarle un recado muy importante. Deseo convencerla para que me diga en qué lugar de

Calcuta puedo ver a míster...

—¿Espera verdaderamente que lo haga?

—Sí, a no ser que usted me informe cumplidamente.

Ivanoff abandonó el taburete y respondió, cuando Olga efectuaba la misma operación:

—No puedo hacerlo, por la sencilla razón de que no lo sé.

—¿No...?

—Desde luego, no.

La prendió de un brazo.

—¿Nos vamos?

La rubia Olga le envolvió en una cálida sonrisa.

—De acuerdo, vámonos —respondió.

Utilizaron el ascensor hasta la *suite* de Olga.

Fue en el *living* cuando ella exclamó:

—Sírrame algo de beber.

Sin responder, Ivanoff se volvió en redondo hacia un pequeño armario adosado a la pared, cuya puerta abrió.

Vasos y una botella de *whisky*.

La tomó, comentando:

—Habrás que pedir hielo al bar del hotel.

Se volvió hacia la inversa.

Frente a él, Olga, llevando una leve sonrisa en los labios, se le acercaba.

Se detuvo muy cerca, mirándole a los ojos, y esperó a que llegara a su lado. En silencio, la prendió por la cintura y se inclinó sobre sus labios, pero el raso no llegó a besarla porque antes, y en el momento justo, algo se abatió contra su nuca, y el suelo acudió rápidamente a su encuentro, mientras que la expresión de la rubia cambiaba en forma radical.

—¡Sucio! —masculló entré dientes.

Ladeó la cabeza para mirar a Zarko, justo cuando éste preguntaba:

—¿Y ahora...?

—Hay que sacarlo de aquí y llevarle...

—¿Al mismo lugar donde trasladamos a Tina?

—Sí.

—Es peligroso hacerlo en pleno día.

—Duérmelo por unas horas, Zarko —respondió Olga—. Lo

trasladaremos tan pronto como anochezca.

Sin responder, Zarko lo tomó por las axilas y lo arrastró hacia el interior de una de las habitaciones.

Cuando despertó, mucho más tarde, Olga se encontraba a su lado, con un cigarrillo en las manos y una vaga sonrisa jugueteando entre sus rojos labios.

—Un hombre guapo, querido —dijo acercándosele— que ya no lo será tanto cuando Olga acabe con él ¿comprende? Vamos, responda, ¿quién es Cliff Owerland y a qué vino a Calcuta?

Y había algo de maligno cuando le acercó la punta del cigarrillo al rostro.

—Conteste, ¿quiere?

Con fría calma, el ruso le dedicó una sonrisa.

—Calma, preciosa —dijo—, y quizá lleguemos a un acuerdo. De ese modo..., estoy dispuesto a hablar. No me gusta que me quemem el físico.

Olga levantó una ceja.

—Conozco a algunos que no lo harían ni por ese precio, amor.

—¿No...? Bueno, pero yo no soy otros —la miró pensativamente y añadió—: ¿Qué gano si le digo lo que desea saber, señorita Strasser?

Olga tardó varios segundos en contestar.

CAPÍTULO VI

Destrozado, con las ropas hechas trizas, cubierto de polvo, que debido al sudor se había convertido en barro, lleno de arañazos, algunos de los cuales sangraban aún, Owerland, al amparo de un grueso tronco milenario, contemplaba el *bungalow*, a una distancia no inferior a las cien yardas.

Un *bungalow* silencioso, sombrío, dando la impresión de que se encontraba completamente vacío.

Miró la automática que llevaba en la mano.

Vacía, sin un solo cartucho, y vaciló antes de dar un paso hacia adelante, como no había vacilado nunca.

Por fin empezó a moverse.

Las cien yardas se redujeron a cincuenta, y Owerland se detuvo una vez más.

Escuchó.

Silencio.

El mismo obsesional silencio de siempre.

Frente a él, a menos de quince, tenía el camino polvoriento y lleno de baches que desde el *bungalow* enlazaba con la carretera que unía Calcuta con la aldea de Pandú y Mandalay.

Hizo una mueca y se acercó al borde de aquélla, siempre sin abandonar el amparo que le ofrecían los árboles, y se volvió a detener para observar.

Nada.

Dudó unos cuantos segundos más hasta que empezó a cruzar el camino con los ojos fijos en la puerta y ventanas del *bungalow*.

Lo alcanzó minutos más tarde, sin que nadie le hubiera salido al encuentro, y ya frente a aquélla la tanteó con las manos, llevando por delante de él el cañón de la «Magnum», arma que, por el momento, no le servía para nada.

Abierta.

Es decir, sencillamente entornada.

Owerland la empujó y entró.

Silencio, espeso y sombrío, exactamente como el que había dejado atrás, en medio de la jungla.

Sin soltar el arma, sin pensar siquiera en que era algo inútil, Owerland examinó el amplio *hall*, y luego avanzó hacia una de las puertas del fondo.

Media hora más tarde, sabía que en el *bungalow* no había nadie, pero que hubo por lo menos una persona.

Posiblemente, Pool Richarson, y había huido de allí. ¿Quién le avisó de su llegada? ¿Cómo y por qué? ¿Y por qué? ¿Y el maletín con los documentos?

Eran preguntas que, por el momento, no tenían respuesta alguna para él, y que no la tuvieron hasta minutos más tarde.

Justo cuando se dijo a sí mismo que, antes de irse de allí, debía efectuar un nuevo registro.

Owerland empezó con los cajones de las mesas, con los cuadros, y fue justo en el *hall* donde encontró la caja de caudales.

Detrás de uno de aquéllos.

Owerland lanzó una maldición entre dientes, y se acercó. La tanteó con la yema de los dedos, lanzó una fugaz mirada alrededor, como si repentinamente se sintiera temeroso de algo, y luego, decidido ya, pegó el oído a la plancha de acero, mientras que, con manos de experto, empezaba a hacer girar los discos.

Tres cuartos de hora, al cabo de los cuales, transpirando aún mucho más que transpiraba en la jungla, consiguió abrirla y, tan pronto como lo hizo, lanzó una ahogada exclamación.

El maletín era negro y se encontraba allí, frente a sus ojos, al alcance de la mano.

Owerland lo tomó y, sin entretenerse en cerrar la caja de caudales, se acercó a una de las mesas y lo depositó sobre aquella.

Cuatro minutos escasos le llevó forzar la cerradura y entonces lo abrió.

Papeles en perfecto orden.

Papeles en blanco, inservibles, que no significaban nada.

Y a pesar de tener la clave de todo delante de sus ojos, aún tardó sus buenos cinco minutos en comprenderlo, y entonces maldijo unas cuantas veces más porque, para él, aquello era algo completamente

inesperado.

Sin dejar de maldecir, pensando en que quizá en la trasera del *bungalow* habría algún coche que pudiera utilizar para regresar a Calcuta, decidido a averiguarlo, dio media vuelta, y se detuvo en seco frente al hombre que, desde el umbral de una de las puertas, le apuntaba con una metralleta.

—Cliff Owerland, ¿verdad?

Alto, fuerte, muy joven, de ojos fríos y profundamente negros, en contraste con su pelo pelirrojo y casi tan fuerte como él mismo.

Owerland no negó.

¿Para qué hacerlo, si estaba seguro de que no conduciría a nada?

Hizo una mueca y respondió:

—Correcto, soy Owerland, y usted... Pool Richarson ¿no?

El pelirrojo le dedicó una sonrisa.

—Siéntese, Owerland —invitó, haciendo un gesto con el cañón de la metralleta—. Tenemos que hablar.

Pesadamente, sin pronunciar palabra, se dejó caer sobre una de los sillones de mimbre, y desde allí le miró.

Apenas hacerlo, Richarson preguntó:

—¿Satisfecho?

Owerland repitió la mueca anterior.

—¿Se refiere a esos papeles y al maletín?

—Sí, claro.

—No mucho. Ésa es la verdad —le miró de pies a cabeza y preguntó—: ¿Vamos a estar aquí mucho tiempo?

—No. Nos iremos dentro de unos minutos.

—¿Regresamos a Calcuta?

—Sí.

Owerland tardó varios segundos en contestar.

—De acuerdo, Richarson —dijo—, cuando quiera.

El pelirrojo sonrió.

—Tengo un coche detrás del *bungalow*, Owerland. Lo usaremos, y una vez en la carretera principal... Bueno, en un par o tres de horas estaremos en la ciudad.

No respondió, se limitó a ponerse en pie y a volverse hacia la puerta. Pool Richarson, sin soltar la metralleta, fue detrás, por lo que en el más completo silencio alcanzaron la trasera del *bungalow*.

El coche era un «Mercedes Benz» de diez años atrás, pero podía servir.

Es decir, servía perfectamente para llevarles a Calcuta, en menos de tres horas.

—Vamos, suba.

Owerland se volvió a mirarle.

—Hay una cosa que aún no me explico —dijo, un tanto secamente—. El ataque que sufrí cuando me dirigía aquí, y en el cual perdieron la vida dos nativos. ¿Fue usted?

El pelirrojo Richarson hizo una mueca.

—Es... Creo que tuvo mala suerte, Owerland, muchacho —respondió fríamente—. Apostaría doble contra sencillo a que, no siendo yo, y no fui, tuvo que ser una patrulla de guerrilleros. Y eso sólo se le puede achacar a su mala suerte, amigo.

Owerland arqueó una ceja, y Richarson notó que estaba furioso consigo mismo y con todos, a pesar de que no lo aparentaba.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque a usted le buscan en Calcuta y, si lo encuentran, no lo va a pasar muy bien, que digamos.

Owerland no respondió.

Estaba pensando, anudando en el interior de su mente los últimos detalles para comprenderlo todo, y, sin dejar de pensar, subió al coche.

—Usted conduce, Owerland.

Se situó frente al volante, mientras que Richarson, metralleta en mano, se colocaba a su lado.

Arrancó, y medio minuto más tarde, el Mercedes enfilaba el camino hacia la carretera general de Calcuta-Mandalay. Iban en el más completo silencio.

Que se rompió poco más tarde, cuando preguntó:

—¿Por qué se dejó el maletín atrás?

—No nos sirve ni como recuerdo.

No dijo nada.

Estaba pensando en una muchacha china que murió en Chicago, en la lejana América, y se dijo que algunas veces, una misión como aquélla era completamente desagradable, a pesar de que uno tropezaba con mujeres como Maureen.

«Ni como recuerdo».

Podía ser así, pero Owerland estaba seguro de que habría muchas personas que sí recordarían a aquella muchacha china.

Continuó callado, conduciendo a buena velocidad, mientras que, a su lado, Richarson le observaba atenta mente, diciéndose que comprendía su estado de ánimo.

Que, poniéndose en su lugar, a él le hubiera resultado tanto o más desagradable que al propio Owerland, por lo que se mantuvo en silencio, que sólo rompió una vez para comentar:

—Si entramos en Calcuta a pleno día, y le ven con esa facha, Owerland, me temo que la policía nos pondrá las manos encima.

Continuó sin responder, por lo que Richarson apartó los ojos de él, y miró a través de la ventanilla hacia la jungla, que crecía lujuriantemente y verdegueante a ambos lados de la carretera.

—¿Sabe lo que significa Géminis?

Sorprendido, Richarson apartó los ojos de la jungla y le miró.

El rostro de Owerland, mientras esperaba la respuesta, era más pétreo que nunca.

—Sí, claro, ¿y usted?

—Seguro... y aún no acabo de comprenderlo.

—Bueno... —Richarson sonrió—. Eso son caprichos del Zodíaco.

La violenta maldición de Owerland no le tomó desprevenido, ya que la esperaba:

—Caprichos de..., ¡cuernos! Eso es todo.

Richarson no respondió.

Y así, de este modo, en silencio, las millas continuaban deslizándose bajo las ruedas del coche.

Fue un silencio que duró bastante.

Más de hora y media, y que el propio Owerland rompió con una pregunta:

—Aún no me ha dicho adónde debo llevarle... o mejor dicho, adónde me lleva a mí.

Richarson le mostró sus dientes de lobo en una sonrisa.

—Al hotel Manila —replicó.

—¿Allí...? ¿Para qué?

—Para esperar. Sencillamente para esperar, muchacho, y lo haremos los dos juntos.

—¿Para qué? —repitió Owerland.

—Debe ser así... y será una llamada. Una llamada que le

sorprenderá.

Owerland arqueó una ceja.

—¿Usted cree? —preguntó a su vez.

—¿Usted no?

Una vez más, Cliff Owerland dio la callada por respuesta.

En aquel momento ya no le importaba aquella conversación ni lo que ambos pudieran hacer en la *suite* que durante unas horas había compartido en el hotel con una muchacha llamada Maureen, uno de los miembros femeninos más hermosos que la CIA tenía en sus filas.

Se encontraba pensando en ella, sí, pero en otro sentido.

CAPÍTULO VII

Todavía se encontraba asombrada y, no obstante, estaba siguiendo las instrucciones que el ruso le diera la pasada noche.

Una noche larga, interminable, en la que ambos se sabían contado muchas cosas.

Ahora, sentada en uno de los altos taburetes de aquel bar, frente a frente de la puerta del hotel Manila, Maureen pensaba, repasando una a una las palabras que habían pronunciado.

«Al anochecer, Maureen, muchacha».

Eso es lo que le había dicho aquella mañana, minutos antes de que se despidiera de ella en la puerta de su apartamento, y eso es lo que estaba haciendo mientras que, también frente a ella, las multicolores luces de Calcuta se iban encendiendo.

Luego, toda la ciudad europea quedaría iluminada, lo mismo que un ascua de oro.

Pero Maureen no se fijaba en nada de aquello.

Sus ojos iban del vaso que tenía frente a ella a la puerta principal del hotel, y de aquélla a la esfera de su grueso reloj de pulsera.

Las agujas parecían soldadas o por lo menos le causaban aquella impresión, ya que apenas si se movían.

Maureen tomó el vaso, apuró el contenido, hizo una seña a uno de los barmen, pagó la consumición y encendió un cigarrillo.

Lo apagó a medio consumir, abandonó el taburete y salió a la calle.

Sobre la acera, ya no dudó.

Avanzó a pie hacia su derecha, caminó por espacio de una cuadra hasta la próxima bocacalle y, lentamente, después de lanzar una mirada a su alrededor, tratando de averiguar si había sido seguida, se acercó al coche estacionado a pocas yardas de distancia.

Un «Morris», cuyo volante a la derecha le hizo fruncir el ceño.

Las llaves estaban puestas y, al verlas, Maureen se preguntó cuántas horas hacía que el coche se encontraba allí, esperándola, hasta que terminó por contestarse que posiblemente Vladimir Ivanoff lo había llevado a primera hora de la mañana.

Justo al poco tiempo de separarse de ella.

Abrió la portezuela, se situó frente al volante, frunció el ceño por segunda vez, y dio el encendido, pero no arrancó.

Antes, y luego de lanzar una mirada hacia la calle, a través de una de las ventanillas, introdujo la mano en la guantera, y empezó a sacar algunas piezas envueltas en tela un tanto aceitada.

Siete minutos más tarde, observando de vez en cuando la calle y el tránsito rodado, Maureen terminó de montar la pistola ametralladora, no más grande que la mano de un hombre, pero muy capaz de partir a una persona por el centro, de una sola ráfaga.

Con un suspiro, volvió a introducirla en la guantera, y ahora sí arrancó suavemente, despegando el «Morris» del bordillo de la acera, mientras que in mente se decía que aquello era el final.

Pasó a marcha lenta frente a la puerta principal del Manila Hotel, dobló la siguiente bocacalle y fue a este clonarse frente a la de servicio.

Una vez más, Maureen consultó el reloj.

¿Cuánto faltaba aún, contando con que el ruso no se hubiera equivocado?

Se encogió levemente de hombros, desechando toda clase de preguntas, y se dedicó a pensar en algo que para ella era mucho más agradable.

Cliff Owerland.

Le adivinaba avanzando entre la jungla, acompañado de Dubré y Sibra, hacia un *bungalow* escondido entre la espesura, a menos de milla y media de la aldea de Pandú.

Un *bungalow*, un hombre llamado Pool Richarson, y la sorpresa final.

A Cliff no iba a gustarle aquello, ni poco ni mucho.

Había tenido casi toda la noche para discutirlo y recordaba perfectamente que se puso furiosa con el ruso cuando éste empezó a reír a carcajadas, que cortó en seco cuando la vio enfadada, pero sin que hubiere podido evitar que el demonio de la burla brillara en sus ojos, lo que la puso, si cabe, aún más furiosa.

«Géminis».

Todo un proyecto que había costado la vida a una muchacha china y quizá a alguien más, cosa que aún no sabía, y que quizá costara la del propio Owerland o la suya, antes de terminar con aquello.

Maureen se estremeció ante el pensamiento, y continuó mirando la puerta posterior del hotel.

Según los cálculos de Ivanoff, por allí tendría que verle salir a una hora u otra.

No sabía cuándo, pero debía suceder así o si no... es que habría muerto.

De un modo inconsciente, cuando aquel último pensamiento le llegó a la mente, Maureen alargó la mano izquierda y acarició la guanterita, en cuyo interior se encontraba la pistola ametralladora.

Si Ivanoff moría aquella noche en Calcuta, alguien más iba a hacerle compañía, y ahora no pensaba en Owerland, ni mucho menos.

El ruso, durante aquella noche, siempre aquella noche, había terminado de anudar los trozos de hilo que a ella le faltaban para desenredar la madeja.

Le había costado trabajo que confiara en ella, ya que el CIA les había enviado a Calcuta por separado y sin conocerse los unos a los otros, exceptuándola conjuntamente con Owerland; pero al fin lo hizo, y el resultado era aquél, pero aún en contraste, de consecuencias imprevisibles.

Maureen miró el reloj, una vez más.

Las doce de la noche.

¿Cuánto faltaba aún?

Tanteó el bolso.

Un cigarrillo.

Hubiera dado cualquier cosa por encenderlo, pero no se atrevió.

A su izquierda, siempre a su izquierda, los peatones que iban de un lado para otro eran cada vez más escasos.

Sobre su cabeza, a todo lo largo de la calle, los anuncios de mil colores brillaban alegremente.

Si hubiera sido un hombre, Maureen hubiera soltado un par de maldiciones, pero como no lo era, calló, y continuó esperando, luchando consigo misma entre entrar en el hotel por la puerta

posterior, con la pistola ametralladora en la mano, tratando de buscar a Ivanoff.

Miró el reloj.

Las doce y cinco.

¿Un cigarrillo...?

Desvió los ojos hacia el bolso, y apretó los dientes.

Cuando de nuevo los regresó a la puerta trasera, les vio.

Reconoció a la rubia, casi al instante.

Minifalda, muslos largos y bien torneados, medias negras de malla, y rojos zapatos de alto tacón.

Salió la primera, con el bolso en banderola, y avanzó rápidamente hacia un negro «La Salle», estacionado no lejos de allí.

Maureen la vio abrir la portezuela y subir al coche y se preparó, pero Olga Strasser no arrancó.

Miró la puerta del hotel.

Eran tres.

Y de los tres, Maureen reconoció a uno, y crispó el rostro, mientras que su mano, obrando en forma independiente a los dictados de su cerebro, se introducía en la guantera para acariciar la fría culata del arma automática.

Pero no la sacó de allí.

Ivanoff iba en el centro de aquellos dos, arrastrando los pies sobre la acera, en tanto que los otros le sujetaban para que no cayera, y comprendió que estaba dormido o simplemente desmayado.

Silenciosamente, embragó, colocó la primera y esperó.

Ivanoff y sus dos acompañantes estaban llegando al coche que ocupaba la rubia alemana.

Dentro del otro, Maureen continuó observando, con el pie sobre el pedal del embrague, mientras que el otro descansaba suavemente sobre el acelerador.

Les vio subir, y entonces soltó el freno de mano.

Un minuto más tarde empezaba la persecución hacia la carretera, buscando la salida de Calcuta por las anchas avenidas bien iluminadas, por lo que no tuvo necesidad de encender los faros.

Tampoco lo hizo cuando alcanzó la carretera, cien yardas por detrás de las luces piloto del coche que se llevaba a Ivanoff.

Dos horas más tarde, Maureen apartó el suyo de la jarretera y lo introdujo por un camino de cabras para detenerlo, poco después, muy cerca de la cantera abandonada, donde Olga Strasser y sus acompañantes conducían al ruso.

Esperó.

Tres minutos, cuatro, pendiente de la esfera del reloj, casi tanto como de lo que ocurría a su espalda hasta que, de un modo repentino, se lo quitó de la muñeca.

Con una mueca vagando entre sus sensuales labios, Maureen levantó la tapa de atrás, la pequeña antena telescópica, y acercó a la boca el pequeño aparato transmisor y receptor de radio.

—Mercurio llamando a «Géminis»... Mercurio llamando a «Géminis»... Conteste..., cambio.

Ni un solo parásito, ni una sola interferencia, y así, con perfecta claridad, hasta sus oídos llegó la voz de un hombre al que no conocía, pero del que, sin embargo, conocía la identidad.

—«Géminis» llamando a Mercurio. Informe, Mercurio... Cambio.

—Carretera de Mandalay, a cinco millas de Calcuta —respondió—. Camino vecinal a la derecha. A dos millas de distancia de la carretera hay una cantera abandonada. Cambio.

—¿Ve alguna cosa?

Maureen tardó unos segundos en contestar:

—Sólo la luz que hay dentro.

Hubo otra pausa, y la misma voz respondió:

—De acuerdo. Mercurio, no se mueva de ahí.

—Pero...

—Es una orden. Cambio y fuera.

No hubo más, ni el más leve pitido que le dijera que la comunicación había sido cortada, ni la mas ligera interferencia.

Maureen plegó la pequeña antena, y tres minutos más tarde, el transmisor recobraba su apariencia de inofensivo reloj de pulsera.

Miró alrededor, y entonces extrajo la pistola ametralladora.

Era una orden, pero a muy pocos pasos de donde se encontraba, un hombre que era un agente del CIA, de la organización a la que ella pertenecía, quizá estuviera muriendo.

Lentamente, con suavidad, procurando no hacer ruido alguno, Maureen abrió la portezuela del coche y descendió.

Miró el edificio abandonado de la cantera.

Luces.

Ventanas iluminadas.

¿En qué lugar del interior se encontraba Vladimir Ivanoff?

No había respuesta.

Maureen empezó a andar entre la maleza, con la pistola ametralladora en ristre, y no llegó.

Les vio justo cuando uno de sus altos tacones se enredaba con una de las raíces que infectaban el suelo cubierto de hojarasca, y cayó como un saco.

Eran dos, y ambos se volvieron a mirar, llevando las manos a las fundas sobaqueras.

—¿Qué diablos fue eso...?

Unos segundos de silencio, y el otro señaló hacia adelante.

—Allí. ¡Cuernos, es una mujer!

Maureen se levantaba en aquel momento; hubo una maldición cuando vieron el arma que llevaba, y ambos saltaron de costado, ya con las automáticas en las manos, pero ella llegó antes.

Apretó el gatillo y el chorro de balas se enterró en el pecho del primero, luego, y por espacio de unos segundos, se perdió inofensivo hacia la casa, y a continuación, en su feroz recorrido, alcanzó al otro, que casi se vio partido en dos, cuando la ráfaga tropezó con su cintura.

Maureen empezó a retroceder, sabiendo que la alarma ya estaba dada, pero tampoco llegó al coche.

Ahora fue uno solo, y que le cayó encima, sin que hubiera podido saber de qué lugar de la jungla había surgido, y ambos, estrechamente abrazados, rodaron entre las hojas, luchando con uñas y dientes, la una por escapar y el otro por reducirla a la impotencia.

CAPÍTULO VIII

Con el cigarrillo en la mano, Olga retrocedió un paso, sin dejar de sonreír.

—La libertad —dijo secamente—. Dígame lo que deseo saber y le dejaré ir.

El ruso arqueó una ceja.

—¿Cómo sé que no me está mintiendo?

La sonrisa de la alemana se amplió:

—No lo sabe —respondió—, pero es un riesgo que tiene que correr. Dígame, ¿quién es Cliff Owerland y qué hace en Calcuta? ¿Dónde se encuentra en este momento?

El ruso miró alrededor.

Una habitación cuadrada, al fondo una puerta, y nada más.

Ni un solo mueble, como no fuera la silla en la que permanecía atado de pies y manos. No, desde luego, no había escape, y Olga Strasser lo sabía.

—¿No contesta?

Había algo de sádico en la forma que tuvo de acercársele, y mucho más en el modo como levantó el cigarrillo hacia una de las mejillas del ruso.

—Habla, querido, o terminarás como Tina —dijo suavemente.

Ivanoff arqueó levemente una ceja.

—¿La mataste tú? —preguntó, devolviendo el tutee.

Ella hizo una mueca.

—Seguro —afirmó fríamente—. En el sótano hay un horno que no deja rastro... y tú irás a hacerle compañía a sus cenizas, pero tu fin será horrible, mi cielo.

Rió.

Pero él no la dejó terminar el movimiento.

—De acuerdo, *fraulein* Strasser —la interrumpía—. Correré el riesgo. ¿Qué desea saber?

—¿Quién es...?

—Un agente del CIA.

—Sí, claro, supuse que sería algo así. Como usted, ¿no?

—Sí, también —afirmó el ruso con frialdad.

—De acuerdo. ¿Dónde está Owerland?

—No se encuentra en Calcuta.

—¿Qué...?

—El mismo día en que llegó... —prosiguió Ivanoff con fría calma—, tomó el camino de la aldea de Pandú a través de la jungla.

—¿Allí...? ¿Para qué?

El ruso le dedicó una sonrisa.

—No tenía que llegar a Pandú, ni mucho menos. Su destino es un *bungalow* que hay entre Calcuta y esa aldea, y allí, un hombre, un americano llamado Pool Richarson.

Olga le miró pensativamente, y el ruso prosiguió:

—«Géminis», ¿sabe?

Ella sufrió un ligero estremecimiento, por lo que Ivanoff prosiguió:

—¿Qué sabe de «Géminis», *fraulein* Strasser?

Olga se le acercó más, y formuló una pregunta:

—Ese Richarson es el que tiene esos papeles, ¿verdad?

—Sí, claro, ¿por qué?

Pero no contestó a la pregunta sino que se limitó a formular otra:

—¿Cuándo regresará Owerland..., si es que tiene suerte?

—Eso es difícil de predecir.

—Si lo hace, llevará los papeles de ese maldito proyecto, ¿no es así?

—Seguro.

—De acuerdo... Tiene, pues, cinco segundos para contestar a mi pregunta: ¿Por dónde regresará Cliff Owerland?

La pregunta del ruso la sorprendió:

—¿Para qué, querida?

Le rozaba cuando respondió:

—Quiero esos papeles. Son vitales para cualquier potencia contraria a Estados Unidos, y sobre todo, para el propio Vietnam. Los vietnamitas pagarán a precio de oro esos papeles.

—¿Sí...? ¿Y por qué?

Olga Strasser se irguió para acto seguido mirarle entre las tupidas pestañas que ahora velaban un tanto el brillo casi satánico que había en sus ojos.

—El proyecto «Géminis», como le llaman los americanos, es... Bueno, todo un vasto plan de retirada de armas y tropas en el Vietnam, fechas y lugares por donde tiene que partir. Fechas y horas de desmovilización y lugares en que ocurrirán, punto por punto, y sin un solo segundo de retraso, incluyendo, claro está, los medios de transporte que van a utilizar y adónde van a ir como primera providencia, antes de partir definitivamente para América. Y yo quiero esos pape...

—Parece mentira, *fraulein* Strasser —interrumpió el ruso—, que siendo el jefe en potencia de una organización de espías internacionales, que venden su información al mejor postor, en el fondo no sea nada más que una estúpida.

—¿Qué cuernos...?

El ruso fue a contestar, pero no pudo.

Fuera, una pistola ametralladora empezó a dejar oír su canción de muerte, y Olga Strasser se volvió hacia la puerta que había a su espalda, puerta que se había mantenido cerrada en todo momento.

Luego, de un modo brusco, lo mismo que habían empezado, las explosiones de los disparos dejaron de oírse, y se hizo el silencio.

Olga estaba junto a la puerta, que abrió a continuación. Salió sin pronunciar palabra, dejándole solo, e Ivanoff maldijo entre dientes, preguntándose qué clase de estupidez había cometido Maureen Owerland para armar tanto ruido.

Si la Strasser la detenía, si no lograba huir a tiempo, la muerte para los dos iba a ser horrible..., si es que ella también había desobedecido la última orden que le dio, como desobedeció la de no meterse en nada, aunque sólo fuera por el momento.

Escuchó.

Nada.

Silencio y sólo silencio.

De fuera no le llegaba rumor alguno y, con los nervios tensos como cuerdas de guitarra, impotente para hacer nada en favor de la muchacha, esperó.

Fue muy poco.

Menos de un cuarto de hora, y entonces la puerta, que tenía

frente a él se abrió violentamente y la vio, con Zarko sujetándola de un brazo.

Con las ropas desgarradas, mostrando algunas moraduras en el rostro y en los bellos hombros desnudos, y detrás de los dos, llevando la pistola ametralladora que le había pertenecido, Olga Strasser.

Zarko, sin pronunciar palabra, la empujó violentamente hacia una de las paredes del fondo y Maureen, con los ojos cuajados de lágrimas, cayó de rodillas, en tanto que Olga se le acercaba, con el dedo tenso dentro del guardamonte de la terrible arma.

—¿Qué era lo que me estaba diciendo? —preguntó.

Ivanoff apartó los ojos de la muchacha que, hecha un ovillo en el suelo, les miraba a su vez, sin pronunciar palabra ni lanzar un solo gemido, y la miró.

—Hablábamos de «Géminis», querida, y de ciertos Papeles.

El no la vio, pero Maureen empezó a levantarse, vigilada atentamente por Zarko.

—¿Y...?

—No hay tales papeles. Olga levantó la metralleta.

—Vamos, muchacho —dijo—, continúa, o vas a recibir un balazo donde te duela de verdad.

—¿Y los cigarrillos, preciosa? —preguntó el ruso.

—Prefiero esto. ¿Continúas?

El ruso tardó varios segundos en contestar.

—Te dije la verdad... —hizo una pausa, y añadió, en vista de que ella no decía nada—: Hace tiempo que los periódicos hablan de infiltraciones enemigas en América, querida, y el Gobierno de Washington decidió cortarlo, de una vez por todas. El motivo de la retirada de tropas en el Vietnam, o si lo quieres de otro modo el proyecto en ciernes, fue el que dio la idea para terminar con ese estado de cosas. Un cebo, si lo deseas así, Olga Strasser, ya que en esa maleta no hay nada más que papeles sin...

Fue en aquel momento cuando intervino Maureen:

—¡Cállese! ¿No se da cuenta de que, tan pronto como termine de hablar, nos van a matar a los dos?

Ivanoff no respondió.

Por él lo hizo Olga, cuando se volvió a mirarla.

—Será mucho mejor para usted que sujete la lengua, *mistress*

Owerland —dijo fríamente—, o esto se habrá terminado mucho antes de empezar.

Desvió los ojos hacia el semblante siempre impassible del ruso.

—¿Decías...?

—Que son papeles sin valor alguno, querida. Verás, el servicio de contraespionaje puso en práctica la idea de Washington, ¿comprendes? Tomó una valija que le entregó a una muchacha china, pero antes hizo correr la voz entre la gente del hampa de que el contenido era extraordinariamente confidencial... Pero se les escapó hablar del Vietnam, ¿vas comprendiendo? Una muchacha que fue asaltada por otro agente. Por un hombre llamado Pool Richarson, que se llevó la maleta mientras que la muchacha desaparecía por unos días y cuyo cadáver fue encontrado poco después, horriblemente torturado. Con tu sistema de los cigarrillos, Olga Strasser. Y ella cantó. Te dijo todo lo que sabía, que no era ni más ni menos que una burda patraña. Te contó, porque no podía hacer otra cosa, todo lo del proyecto «Géminis», diciendo que había sido atacada a su vez, y que le robaron el maletín con los documentos. Mandalay y Pandú, más que éstos en sí, Calcuta era esta sede, la tuya, tu cuartel general, y Richarson vino aquí. Pero al CIA le interesaba hacerle desaparecer, por lo que tú no encontraste su rastro, por mucho que investigaste. Un rastro que volvió a aparecer tan pronto como Maureen y Cliff Owerland vinieron a Calcuta mientras que yo, por otro lado, hablaba y hablaba del proyecto «Géminis», diciendo que ciertos agentes americanos, un hombre y una mujer, habían llegado a Calcuta, con objeto de recuperar esos papeles. El rumor llegó a tus oídos, que se confirmó cuando Owerland abandonó el hotel con rumbo desconocido, dejando como cebo a su esposa y lo demás..., lo demás ya lo sabes, hasta este momento. Ahora...

Una vez más, Maureen le interrumpió, con voz salvaje:

—¿Quiere cerrar la boca de una vez, Ivanoff? ¡Maldito sucio traidor...!

Hubo un silencio.

Pequeño, muy pequeño, igual que un soplo, y que tardo en romperse lo que Olga en volverse a mirarla.

—¡Hazla callar, Zarko! —dijo.

Y se volvió a mirar al ruso.

Zarko dio un paso, dos, y disparó la mano.

La bestial bofetada alcanzó a Maureen en un lado de la cara, la estampó contra la pared, se deslizó hasta el suelo, y a continuación todo se precipitó a endiablada velocidad.

Frente a sus ojos, Zarko vio las puntillas de encaje negro, la minifalda por encima de la cintura, el negro objeto que había sujeto al portaligas, y una mano de ledos largos y bien cuidados, rematados de esmaltadas uñas en rojo, que volaba en aquella dirección, y cargó contra ella, pero la bala llegó antes.

Con un negro agujero en la frente, con una mueca de estupor en su semblante, Zarko se vio lanzado hacia atrás para caer al instante al suelo, donde pateó por espacio de varios segundos, en tanto que Olga, con la pistola ametralladora en la mano, se volvía hacia la muchacha.

—¡Cuidado, Maureen!

La advertencia era vana porque ella ya la había visto y levantó la automática, justo cuando la alemana la enfilaba, y sabiendo que no tendría tiempo nada más que para morir, se lanzó en plancha al suelo, cuando ya aquélla tableteaba.

Las balas rozaron su espalda, y levantaron el estuco de la pared, y nada más, porque en aquel momento, la puerta se abrió violentamente.

—¡Suelte eso, *fraulein* Strasser!

Olga lanzó una exclamación, se volvió en redondo, el cañón de la pistola ametralladora trazó un semicírculo mortal, y ya no tuvo tiempo para nada más porque Cliff Owerland apretó el gatillo de la «Sten» que empuñaba, y el chorro de balas la pegó contra la pared como a un guñapo y luego la dejó caer al suelo, casi partida por la cintura.

Al segundo siguiente, Maureen se encontró entre sus brazos, pero no se besaron.

Ella estaba mirando al hombre que le acompañaba, también con otra metralleta en las manos, y entonces le presentó:

—Pool Richarson, el hombre que tenía que matar a Maureen —dijo—. Un agente especial del CIA, como comprenderás.

Aquello merecía una explicación.

Iba a pedirla, cuando Ivanoff dio la nota discordante, desde la silla en que aún permanecía atado:

—No me gusta deberle favores a los americanos, pero, ¿no podrían desatarme?

Se miraron los tres, le miraron a él, y Richarson se acercó.

Unos segundos más tarde, el ruso se encontraba en pie, frente a ellos, frotándose las entumecidas muñecas.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Owerland lanzó una fugaz mirada alrededor, y respondió:

—Nos vamos ahora mismo. Luego... avisaremos a la policía, de un modo anónimo, claro, para que vengan y les recojan.

Se refería, naturalmente, a los cadáveres de Olga.

Strasser y de Zarko, conjuntamente, con los de los dos hombres que Maureen eliminara en la parte de fuera de la cantera.

Salieron sin responder.

Cerca del coche, Ivanoff preguntó:

—¿Cómo vamos a salir del país?

Richarson fue el encargado de dar la respuesta.

—Pasaporte diplomático —dijo—. Naturalmente falso, pero eso sólo lo sabemos nosotros.

Ivanoff hizo una mueca.

—¿Otro favor americano? Pues sí que estoy fresco...

—Si no le gusta —medió Maureen—, lárguese a su país y en paz. En el CIA no le necesitamos.

Ivanoff la miró con asombro.

—¿Cómo que no? —exclamó—. Si no hubiera sido por mí... jamás se hubiera terminado con la banda —lo que era mentira, claro—. Lo que ocurre, *mistress* Owerland, es que soy un ruso blanco, de lo contrario...

Calló, se miraron entre sí y rieron, mientras que el semblante de Ivanoff hacia la competencia, por lo impasible, a una momia del milenario Egipto.

Richarson fue el que preguntó, al terminar de reír.

—¿Vamos juntos, Vladimir?

El ruso miró a Owerland y a Maureen.

—Seguro —dijo—. Esa pareja aún tienen que arreglar algunas cuentas.

Y fue el primero en subir al coche que Richarson y Owerland habían conducido hasta allí, mientras que éste, llevando a Maureen enlazada por la cintura, se acercaba al que ella trajera.

Unos minutos más tarde, emprendían el camino hacia Calcuta, yendo detrás del que pilotaba Richarson.

Maureen fue la primera en romper el silencio que les envolvía, y lo hizo con una pregunta:

—¿Cómo te enviaron a matar a Richarson si no era...?

—Una trampa. Muy burda, pero trampa al fin. Richarson era el hombre clave del CIA en Calcuta. El era el que estaba en continuo contacto con Washington y el que transmitía las órdenes, por conducto de Ivanoff era el cebo para los demás. Mi misión era tan... Bueno..., una mentira más, como lo eran esos papeles, pero había que hacerlo a lo vivo para que el enemigo no sospechara de la trampa. Por eso no me dijeron nada hasta el final. Hasta que, en el *bungalow*, lo comprendí, tan pronto como logré abrir esa valija. Una mentira más, como lo es nuestro matrimonio.

—¿Sí...? ¡Pero si estamos casados, Cliff!

—Lo sé, pero esa boda se efectuó porque el CIA concertó que viniera a Calcuta un hombre y una mujer, en plan de turismo, y por tanto, nada mejor que casarles de verdad, por si se daba el caso de que se examinaba el certificado de matrimonio. Y ahora..., ahora...

Maureen vino en su ayuda:

—Podemos continuar, ¿no?

Owerland la miró a través del espejo retrovisor.

—¿Lo deseas tú?

—No soy yo quien debe decir eso, Cliff —respondió ella.

—No, desde luego no, pero... pero...

Una vez más, Maureen acudió noblemente en su ayuda:

—Pero es curioso, querido. Unos recién casados al servicio del contraespionaje de Estados Unidos. Curioso y excitante.

—¿Quieres...?

—Sí.

Frente a ellos, el coche que conducía Richarson doblaba una curva.

Más allá, un poco más allá, como una ascua de oro, las luces de Calcuta brillaban en la noche.

Con un leve suspiro, Maureen reclinó la cabeza es el hombro de Owerland, que continuó conduciendo en silencio, mientras que su pensamiento cabalgaba por regiones insospechadas hasta el momento.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

